



1. GALO DE LA COMATA. 150 años antes de J.C.

La parte occidental de la Galia Transalpina se llamaba Comata, a causa de la larga cabellera que tenían sus habitantes.

2. GALO DE LA BRACATA. 150 años antes de J.C.

La parte de la Galia Transalpina que lindaba con el Mediterráneo se llamaba Bracata, de los calzones o bragas que usaban sus moradores.

LICEO VALENCIANO.

PERIÓDICO MENSUAL

De Ciencias, Literatura y Artes.

SERIE TERCERA.

Bibliografía.

DE LA INFLUENCIA DEL SIGLO XVIII EN LA LEGISLACION Y SOCIABILIDAD DEL XIX, POR MR. LERMINIER.



I al recorrer las tristes páginas de la filosofía contemporánea, y tropezar con los errores y paradojas en que abundan, tratamos de investigar su causa, fácilmente hallaremos ser la misma que la de tantos otros descarrios del espíritu humano, la vanidad. Ella es la que inspirando á Rousseau, á Diderot, á todos los sofistas, les decia: es preciso hacer mucho ruido; para hacerlo con la verdad es menester que sea muy elocuente, y esto es difícil, y sin embargo no es extraordinario, porque es el camino trillado por donde el talento y el genio han andado tanto tiempo. Lo que admira principalmente es lo extraordinario, y cuando se llega tarde, es forzoso buscarlo. Ahora bien; ¿hay cosa mas extraordinaria que contradecir osadamente la razon de todos los siglos? Nada asombra tanto á la muchedumbre como la audacia del desatino; es el sublime para los necios; y cuántos necios dirán: sin duda este hombre debe saber mas que todo el mundo, cuando contradice á todo el mundo.

TOMO 2.º

NUM. 2.º = FEBRERO 1842.

Estas palabras pronunciaba en el Liceo de París el desengañado Laharpe, al hablar de los filósofos de su tiempo, que tan bien conocia. Y esas mismas reflexiones ha despertado en nosotros la obra de Mr. Lerminier, titulada: *De la influencia de la filosofía del siglo XVIII en la legislación, y sociabilidad del XIX.*

Después de haberla leído, no sabe uno si reirse ó indignarse de la afectada gravedad filosófica del profesor, del trabajo que se toma por oscurecer las nociones mas simples y comunes, de sus palpables contradicciones, del imperturbable valor con que enhila los mayores absurdos, y la inconcebible ligereza con que trata las cosas mas graves, y los hombres mas respetables.

Este juicio es severo: vamos á probar que es justo. Comienza el autor su libro por un bosquejo del siglo XVII, que nos parece bien resumido en esta triple observacion, *desarrollo positivo y tranquilo de las ciencias, las letras y las artes; establecimiento de la monarquía absoluta, de sus límites y de su administracion; movimiento sordo de las ideas, movimiento en la apariencia sin aplicacion y sin porvenir.*

Pero en verdad es cosa curiosa ver á qué cabeza va á buscar los primeros síntomas de ese movimiento filosófico, y en qué términos le caracteriza, escuchemos: «Importa sorprender y notar, aun en medio del siglo de Luis XIV, los signos de una rebelion naciente contra la autoridad de la iglesia y del principe. Y la iglesia será quien nos suministre un faccioso de genio, sucesivamente adversario del Papa y del Rey, de la ortodoxia y del poder absoluto; preceptor de un heredero del trono, á quien instruye en destruir algun dia la obra de su abuelo; de una independencian de alma sin límites; de un misticismo refinado en la imaginacion, de una ternura y sensibilidad de muger; profundo en sus ardides, inagotable en sus rodeos, amable en sus artificios..., adulador de todos con dignidad para dominarlos blandamente.... Bajo el exterior de una magestad tranquila, Fenelon estaba interiormente agitado de los pensamientos mas discordes.... Devorábale una ambicion perseverante.»

Todo esto ciertamente es paradógico, inaudito, y el autor no puede esperar ser creído sobre su palabra, tratándose de mudar á tal punto las ideas generalmente recibidas. ¿Cuáles son, pues, las pruebas en que se apoya? Que no se trata aqui de un hombre desconocido, de una época oscura y remota; los documentos abundan, y todo puede comprobarse. Ahora pues, entre tantas autoridades contemporáneas, Mr. Lerminier solo ha encontrado una, que, á su parecer, justifica tan violentas alegaciones, y esta auto-

ridad es la de Mr. de San-Simon. Conocido es de los eruditos el carácter de este escritor suspicáz, parcial, propenso á la crítica, y aun á la sátira mas amarga.

Y hé ahí el único testimonio que opone Lerminier á los innumerables monumentos del siglo XVII y XVIII, y esto para desdorar uno de los mas bellos nombres que se leen en la historia de la humanidad.

Hay mas todavía; en un fragmento de once páginas, sacado de las memorias de San-Simon, citado en nota, y casi enteramente consagrado al elogio de Fenelon, apenas se hallan tres ó cuatro frases, en que asoma la maligna intencion de denigrar un poco al grande arzobispo, é imputarle el deseo de agradar y dominar.

Tal es el tema que ha querido glosar Mr. Lerminier, y lo ha hecho de un modo que nos abstenemos de calificar. *¿Enemigo del Papa y del Rey*, aquel Fenelon, cuya humilde obediencia era mas preciosa al soberano Pontífice, que la ardiente fé de Bossuet; el que en 1709 abria sus graneros á las tropas Reales, y desde su destierro merecía las alabanzas de Luis XIV^a (1) Fenelon, *de una independencia de alma sin límites*; el que asombraba al mundo y edificaba á la iglesia, *por su pronta, clara y estrepitosa sumision* (2). Disimulado en fin, y ambicioso el que pudiendo templar el celo violento de sus contrarios, y embarazarlos con sus recriminaciones, preferia responder, *moriatur in simplicitate nostra*; el que *retirado en su diócesis vivia con la piedad y la aplicacion de un pastor... no corria tras de nadie, y recibia á quien queria verle... al que jamás se le deslizó una palabra sobre la corte y los negocios públicos; nada que diera margen á sospechar siquiera lo que habia sido, ni lo que podia ser aun* (3)? Ignoramos si el deseo de gobernar el Estado anidó en aquella alma, tan penetrada de los místicos ardores del amor divino; pero si así fue, sentimos que Dios no escuchára aquel voto, porque es cosa tan bella como rara, ver el imperio de los hombres en manos del genio y de la virtud.

Sin duda Fenelon escribió el *Telémaco*: sirvióse de los velos de una ingeniosa fábula para condenar elocuentemente *la guerra, el despotismo, la frivolidad y la licencia de costumbres, el egoismo que se hace Dios*; y en esto nada vemos que sea indigno del preceptor de un príncipe, ni de un sacerdote, tal como el cristianismo los produce en todos tiempos. Masillon tambien clamó contra esas

(1) Mem. de S. Simon, citadas por M. Lerminier, pág. 400.

(2) Ibid.

(3) Pág. 397, 398, 399.

cosas desde lo alto del púlpito, y esta es una razon para que Mr. Lermnier note ademas *un sacerdote, que á egemplo de Fenelon se pasa á la banda del siglo, abandonando la inmovilidad de la iglesia.* ¿Pero no se diria, en verdad, que la iglesia no acostumbra admitir en el santuario de Dios, sino á los aduladores de los Reyes? ¿Tan absolutamente estranero á las cosas de este mundo es el sábio profesor? Un hombre tan leido, cómo dice, no ha oido nunca hablar de Crisóstomo, de Ambrosio, de Gregorio, de Tomás Becket? ¿Ignora que Hilario ó Flaviano hablaban y escribian á los emperadores de muy distinta manera que Diderot á la Czarina? ¿Y que aun Bossuet en la capilla de Versailles usaba con Luis XIV otro tono que Volter con el menor cortesano de la regencia? Siguiendo sus nobles huellas, Masillon no hacia sino cumplir el deber de su ministerio; y la única parte, que tal vez corresponda á la *filosofía* en ciertas composiciones del ilustre orador, es haber contemplado demasiado á veces al elegante y corrompido auditorio que le escuchaba; haber olvidado sobradamente la enormidad de la disolucion pública, y suavizado su pintura, por respeto sin duda á la edad todavia tierna, y á la inocencia tan pura aun del primero de sus oyentes.

Mr. Lermnier prosigue el exámen de los filósofos del siglo XVIII, cuya lista ha comenzado de un modo tan singular, por no decir tan descarado; exámen que no ofrece nada de muy nuevo, ni que muy de notar sea. Creemos sin embargo deber trasladar su juicio acerca del primero y mas famoso de sus escritores, el que nos ha transmitido su nombre como el símbolo de la filosofía y literatura de su época. Este será el medio mas á propósito de dar á conocer el estilo de Lermnier, *ab uno disce omnes.* «Hé ahí un filósofo de nueva especie; no le busqueis rasgo alguno de semejanza con sus antecesores; para mejor continuarlos, distínguese de ellos mas. Y al punto comprendo su carácter mas dominante, la *pasion*. Volter es ingenioso, no hay duda, pero sobre todo es apasionado; una *pasion* inagotable en sus tesoros y sus formas, ardiente, sutil, generosa, amarga, implacable, buena, acre, halagadora, flexible, insolente, le vivifica, le penetra, le levanta, y le sostiene; grita, llora, rie, se enfurece, estalla de mil maneras; interrumpe gemidos é indignaciones por una risa sardónica; destruye el efecto que acaba de producir, por otro mas poderoso y contrario. No le resistais, es un demonio ...»

Muy bien hasta aqui. Volter está juzgado de la primer mirada: la *pasion* primero, el juicio viene en seguida: «Armado de *pasion*

y de juicio, Volter desenvolvió sus designios y su ingenio por cuatro medios; la escena, la historia, la filosofía y la polémica." Por lo que toca al drama volteriano, las ideas de Mr. Lerminier se parecen mucho á lo que todo el mundo puede leer en la literatura de Laharpe, para que nos detengamos en ellas; pasemos á la historia.

«Volter escribió la historia para destruirla, y con un fin revolucionario.... Su *ensayo sobre las costumbres de las naciones*, es un alegato, un libelo: refiere para condenar, cuenta para enseñar; persigue de muerte á los Papas, los frailes y los sacerdotes; es injusto, porque no distingue los tiempos.... En filosofía no es mas brillante su mérito, pues que se ha limitado «á popularizar á Newton, Pope, Loke; á predicar el deísmo, á dar á conocer la Inglaterra en cartas quemadas por el verdugo, á perseguir las tradiciones cristianas en su Diccionario filosófico, y á defender á Calas, Sirvin y Detallonde....» Veamos en fin lo que fue en la polémica: «Volter conoció que era forzoso vencer ó morir: hizo la corte á los Reyes y á los grandes; pero fue implacable con sus enemigos literarios, con los caballeros de la iglesia y de las tinieblas. Apenas ha medido al imprudente que viene á ofrecerse á sus golpes, le insulta, le difama, le despoja de su dignidad, aunque en la lucha haya de perder un poco de la suya. Zúmbase por todos estilos, en verso y en prosa; se burla, mófase de su adversario; le aturde con sus ágrios y discordantes gritos; le descuaja, déjale yerto, y le atormenta con la inagotable abundancia de las mas injuriosas agudezas. Esta polémica ensordecedora y cruel, es como la cencerrada de la inteligencia.»

Y bien: ¿pudiérais creer que la misma pluma que ha trazado estas líneas, escribiese del mismo hombre y en la misma página, «de nuestros escritores es el que mas y mejor ha usado de la polémica;» y algo mas abajo: «el genio de la filosofía debió estar contento de su representante... Haber sido Volter, es una de las mayores glorias que puedan caber á un hombre.» ¿Puede abusarse mas de la palabra? ¿puede insultarse mas á la sensatez del auditorio, y á la paciencia del público?

No seguiremos al autor en el juicio de los demas filósofos, contentándonos con observar que en el artículo de Juan Jacobo hace dos descubrimientos, que á nadie se le habian ocurrido. El uno es que *Rousseau ha restaurado la ciencia de Dios*: el otro que *Rousseau era un grandísimo músico*. Y si alguno osa á este propósito hablar del *Adivino de la aldea*, le confunde con esta exclamacion sin réplica: ¡qué de pensamientos que han quedado desconocidos, cuán-

tos afectos perdidos para nosotros se levantaron en el corazon de Rousseau, mientras escribia notas para ganar pan! Escriba divino, sublime copista, ¿por qué regiones se estraviaba tu alma, mientras tus dedos corrian por el papel? ¿Dejaste pues la tierra, llevándote los mas profundos secretos de tu ingenio? ¡Oh! lo que sí es muy de sentir, es que Rusó no se llevó tambien consigo el secreto de hinchar todas las cosas, de escribir siempre sin curarse de lo que se ha dicho un minuto antes, de dar frases por razones, y puntos de admiracion por argumentos.

Tras del exámen de los hombres viene el de las cosas. Mr. Lermínier pasa revista á las diversas sociedades de la Europa, revista rápida en que lo verdadero, lo falso, la justicia, la parcialidad se mezclan y confunden; echa una postrer mirada á la antigua sociedad francesa que espira, juzga de paso á la Constituyente, la Convencion, la Gironda, Robespierre, y termina su cuadro por este trozo que citamos por entero como el resúmen de los juicios del autor, y como una de las mas curiosas muestras de su estilo, que podrá el que quiera tomar por elocuencia, pero que nosotros pensamos semeja mucho á la polémica de Volter, es decir, á una *cencerada*.

«¿Qué siglo desde la muerte de Luis XIV hasta el consulado de Bonaparte! ha llenado las condiciones que exige la historia, ha sido grande y nuevo: no se parece á ninguno de sus antecesores, ni aun al XVI ni al XVII: es otro campeon; no tiene las mismas armas, ni la misma divisa. Tiene mas audacia, mas impetuosidad; lleva la cabeza mas erguida; mas orador que poeta, filósofo y soldado, razonador y apasionado, generoso, cruel, no cristiano, no ateo, lleno de fé en sí mismo y en Dios, revolucionario, ansioso de fundar cosas nuevas, amable, terrible; mezclando en su destino lo sério y lo cómico, vicioso, heroico, llegando al término estenuado de esfuerzos, de sacrificios y de heridas, benemérito, victorioso. Cerrad tras de este guerrero fatigado las puertas de marfil; descansa en los campos Eliseos: allí goza de los vivos esplendores de la gloria y de la inmortalidad; ha pasado por el juicio de Dios; sus méritos han sido superiores al mal; ha sido comparado y glorificado. Ahora contempla á su jóven hijo luchando con la vida, y le aguarda con la orgullosa certidumbre de ser sobrepujado por su heredero.»

Permítasenos oponer á estos brillantes funerales del siglo XVIII un *requiem* cantado por otro tono, y por una voz que tiene tambien su fuerza y energía, por la voz de un hombre á quien no puede acusarse de preocupacion en favor de nuestras doctrinas.

«En el siglo XVIII, cuando el filosofismo, *esta pura y brillante antorcha de la razon*, este regenerador de la humanidad esclavizada, competia aun en infamia con la regencia; cuando ese filosofismo mezclaba su lepra á aquella gangrena, derramando una mar de libros estúpidos, impíos ú obscenos, que segun sus miras corrompian una sociedad, á la cual tuvo la atrocidad de echar en rostro su corrupcion cuando mas adelante la hizo diezmar por sus verdugos.

Cuando Helvecio, Condorcet y los enciclopedistas vivian espléndidamente de ateismo y de inmundicias; cuando las horribles pasiones de un populacho ya sin creencias religiosas comenzaban á fermentar; cuando el mejor de los reyes, la mas virtuosa de las reinas, eran abrevados de calumnias vomitadas por el partido republicano en language de tabernas.

«En ese desgraciado siglo, en medio de aquella terrible saturnal, extravagante y espantosa como la agonía de un loco, reinaba toda inmoralidad en las costumbres, todo vicio tenia derecho de ciudadanía. ¿No era este el último término de esa larga degradacion social que databa de Lutero: de Lutero á quien Volter y sus peones parodiaban de tan miserable manera? Mirad, es la grosera insolencia de Lutero, su mala fe en la discusion, su odio á todo cuanto hay santo y reverenciado entre los hombres, sus injurias sórdidas, sus asquerosas obscenidades. Pero al menos Lutero habia tenido el primero la osadía de atacar de frente y herir en el corazon aquella poderosa sociedad monárquica y religiosa, cuyo *cadáver* tan cobardemente abofeteaban Volter y su escuela.”

La última parte del libro de Mr. Lerminier es juntamente la mas corta y la mas importante. Abrese por la sucinta esposicion de los principales hechos históricos de nuestro siglo, y termina por una serie de capitulos compuestos cada uno de cuatro ó cinco páginas, y que lleva simplemente uno de los titulos siguientes: De la filosofía, de la religion, del cristianismo, de la legislacion, &c. Por grande que pueda ser el ingenio del escritor, y su aptitud para resumir y *compactizar*, tanta concision debe causar un justo asombro. Como quiera que sea, entre los capitulitos de que hablamos hay muchos que merecen particularmente nuestra atencion; pues que encierran los principios generales del autor, y como la quinta esencia de su libro. No nos ligaremos siempre al orden de las ideas seguido en la obra, ciñéndonos solamente á no decir cosa que no esté justificada con citas fáciles de comprobar.

Es racional sin duda examinar primeramente las ideas filosóficas del profesor: ¿Qué es la filosofía segun Mr. Lerminier? Leemos

el capítulo destinado á esta materia, y en medio de una fraseología sonora acerca del *pensamiento infinito, infatigable y apasionado*, en que el autor confiesa, que la filosofía no tiene el *cuerno de la abundancia, ni la llave del paraíso*, nos hallamos con que *la filosofía es el movimiento eterno del entendimiento humano*. Esto necesita de esplicacion; porque en fin, ¿ese movimiento es constante ó irregular, tiene ó no tiene leyes ciertas, un punto fijo de dó parte, un fin determinado? ¿La filosofía está en posesion de verdades incontestables, en suma, es dogmática. ó no? Esta, como se ve, es una cuestion vital; oigamos la respuesta: «La filosofía pasa mas allá del cisma; sale de las vias de la concepcion primitiva para hallarse enteramente libre; restaura la novedad é independencia de sus investigaciones; en esta situacion no es ya protestante, *no es aun dogmática.*» (Pág. 345.) Recordemos ahora lo que hemos leído mas arriba. (Pág. 139.) «La filosofía moderna se ha mostrado íntimamente social, porque ha buscado las condiciones de una nueva sociedad; *no ha sido avara de afirmaciones, ni de utopías*. La teología reformada habia sido polémica; principalmente *la filosofía fue dogmática*. La prueba de ello, la encuentro en la fe que inspiró; *creyóse religiosamente en sus lecciones y doctrinas* (1).» Está pues probado, que la filosofía fue dogmática, pero que no lo es todavia, que puede volver ó serlo, porque *no es solamente subversiva, sino que edifica ademas resultados positivos, produce el axioma, y el axioma es el precursor legítimo del dogma.* (Pág. 347.) Sabemos que todo esto está sujeto á discusion, y pudiera disputarse al axioma su paternidad, así como al dogma su genealogía, pero no hacemos sino esponer un sistema, y parécenos que segun lo que hemos visto hasta aqui, puede clasificarse á Mr. Lermínier entre los racionalistas. Confirmanos en esta opinion el pasage siguiente: «La forma mas positiva y severa de la filosofía es el racionalismo. El racionalismo consiste en el conocimiento, y la aplicacion de la razon... La razon no conociéndose á sí mismo sino por sí misma, está obligada á afirmarse, á creerse. (Pág. 347.)» Obligacion que, sea dicho de paso, pudiera parecer á alguno arbitrariamente impuesta, pues que la filosofía, que no es sino la razon humana en perpétuo movimiento, no es aun dogmática, y por consiguiente no puede obligar á creer cosa alguna. Pero no dejemos á nuestro autor; le tenemos pues definitivamente racionalista,

(1) En efecto nunca se creyó mas religiosamente que no debia creerse nada, que todo el mundo era libre en obrar segun su creencia; doctrina eminentemente social, como se sabe:

y con efecto en mil pasages parece no quiere sino el triunfo de la razon pura, y casi siempre á costa de lo que es antiguo y tradicional. Alaba al siglo XVIII «por haber querido romper con la tradicion, haberse sublevado contra las mentiras, y el idiotismo de una vieja autoridad (127)” elogia á Rusó y á J. Bentham «por haber despreciado lo pasado (89), por haber libertado su pensamiento del yugo de las tradiciones históricas;” alaba á la revolucion de 1830 «porque ha vuelto la preferencia al idealismo sobre la tradicion (319).”

Despues de esto, ¿quién no creerá que es poca, ó ninguna su veneracion hácia la autoridad de los siglos pasados? Sin embargo, al hablar de los admirables descubrimientos hechos hace poco en las antiguas civilizaciones de Oriente, el mismo hombre pronuncia estas propias palabras: «Lo pasado podrá decirnos si las ideas de la humanidad son recientes y nuevas en su raiz; si un pueblo, un hombre puede decirse su autor y propietario; si la revelacion no ha sido siempre una de las ideas familiares á la humanidad.... La religion racional de Confucius, concuerda frecuentemente con el Evangelio del Cristo (337).” En otra parte habia dicho ya: esplórase la India, la China, el Egipto; la Grecia y Roma se esclarecen mas y mas, y en esta pesquisa histórica, en esta comprobacion de los títulos y escrituras del género humano, ¡ay de aquello que la luz y la compasion hagan eclipsar (121)!

Se ve que es muy difícil estrechar de cerca á Mr. Lerminier. Si le hablais de la tradicion, os responde por la preeminencia de la razon humana; si discutis los títulos de esta, os envia á las escrituras del género humano. Elija una vez; si se fija en el racionalismo, haga, por servirnos de una de sus espresiones mas pintorescas, haga germinar *en su cabeza la planta cerebral del axioma*; produzca este el dogma, ó bien si el axioma no es aun bastante fuerte para llevar tan bello fruto, muéstrese solo, sea como quiera, pero en fin muéstrese. En este caso podremos examinar las doctrinas del filósofo, y apreciar sus fórmulas; que si prefiere referirse á la antigua autoridad, no rehusaremos el combate en este nuevo terreno. Ciertó, despues de los trabajos y descubrimientos, de los Champolion, de los Cuvier, de los Remusat, de los Amper, no tiene que temer el cristianismo á ninguna luz, ni á ningun descubrimiento.

Las ideas de Mr. Lerminier acerca de religion, tienen la misma

fijeza y consistencia que sus ideas filosóficas. En su sentir la religion no es mas que un elemento, y un producto de la actividad intelectual; el hombre es religioso, como es poeta, filósofo y artista; «tiene la idea de lo absoluto; la idea le da su amor; el amor el deseo; el deseo dispierta la imaginacion; la idea, el amor, el deseo, la imaginacion, engendran la religion.» Es una necesidad del alma, ni mas ni menos; no puede vituperarse á los que la sienten, ni á los que pueden señorearla. Por lo demas, nada hay de inmutable ó absoluto en las formas religiosas: «si la religion es el último esfuerzo de la humanidad, no por eso deja de estar sujeta á las condiciones mismas de la humanidad. Ahora bien, nada existe en la tierra que esté fuera del tiempo y del espacio: nada puede moverse en estas dos formas, sin que sufra sus impresiones y sus límites. Luego si la religion es una idea eterna y universal, no tiene símbolo eterno y católico.»

Esta opinion, que no es nueva, reduce la religion al puro *sentimentalismo*. Despues de esto, no se estrañará que afirmemos, que la teoría de Mr. Lermínier es subversiva de toda idea religiosa; y no puede menos de serlo, pues que importa la destruccion de toda certidumbre, y conduce derechamente al escepticismo. Con efecto, el argumento dirigido contra la universalidad de las formas religiosas, es el mismo de que se valen los escépticos contra toda especie de verdad absoluta. Porque si nada puede producirse en el tiempo ó en el espacio, sin variar segun las épocas y lugares, forzoso es concluir, que no hay verdad que no pueda alterarse, desnaturalizarse, mudarse. Luego cuanto es verdadero en un tiempo y un lugar, puede ser falso en otro lugar y tiempo: luego nada puede afirmarse, nada negarse absolutamente.

Hemos dicho ya que no discutimos; no hacemos sino analizar un sistema con sus consecuencias necesarias, y nos limitamos á proponer aqui dos observaciones. La una es, que nos parece estraño que el mismo hombre, que reconoce formalmente que nada hay en la religion, en la filosofia, en el derecho que sea inmutable, y no corresponda al movimiento eterno del espíritu humano, llame sin embargo con todos sus votos la unidad intelectual, por medio de la invocacion siguiente: «Unidad, imágen de Dios, velo trasparente de la eternidad, tú que quieres hoy vestirme de un nuevo trage, si no puedes desde ahora ser la reina del mundo, haz al menos pasar á los entendimientos y corazones, el deseo de poseerte; abrasa con tus ardores nuestras almas para purificarlas y mudarlas, y el amor que te tengamos, séanos una prenda de tu venida á la tierra.» Ad-

mirablemente; y nos uniríamos de lo íntimo de nuestra alma á esta plegaria (salvas todas las reservas de derecho respecto del nuevo traje), si esta plegaria no se pareciese á una amarga burla. Porque si no hay en la tierra verdad absoluta, si cuanto afirmo aquí puede ser negado mas allá, es por demas absurdo venir á hablarnos de unidad, como si á la inteligencia quedára entonces mas recurso que escoger entre el idealismo y la duda, es decir, entre el caos y la nada.

La segunda reflexion es relativa al modo como los sentimentalistas, y Mr. Lerminier con ellos, establecen su opinion. Si les pregunto: ¿por qué admitís la necesidad del sentimiento religioso? Responden: porque ese sentimiento está en la naturaleza humana. ¿Y por qué forma parte de la naturaleza humana? Porque se reproduce en la universalidad de los hombres. Pero ¿no habeis sentado el principio «que nada puede moverse en el tiempo, y el espacio que no sufra su impresion y sus limites?» Ahora, admitís sin duda, que ese primer sentimiento, esa idea primitiva y esencial de religion se manifiesta en *esas dos formas, fuera de las cuales nada existe en la tierra*: ¿por qué, pues, estaria mas que otra alguna exenta de mudanza y destruccion? Que si contradiciendo vuestras premisas, decís, que es preciso creer y tener por cierto lo que ha sido creído donde quiera, y siempre, ¿por qué os contradecís de nuevo, abrazando un sistema opuesto á las creencias generales? Porque si hay una creencia fundada en la historia, y los monumentos de todos los pueblos, es que el puro sentimentalismo no puede ni pudo jamás bastar al hombre; que la religion, aunque arraigada en lo mas profundo de la naturaleza humana, no es solo una necesidad natural, un producto del entendimiento ó de la voluntad, sino una ley impuesta con autoridad y por revelacion; que esta ley ha recibido en todas partes una espresion semejante por la doble via del dogma y del culto; que el dogma se ha fundado por do quiera en la doble conviccion de la caida del hombre y de la redencion, asi como el culto en la doble práctica de la oracion y del sacrificio. Hé ahí creencias claras, positivas, adoptadas por el género humano: forzoso es admitirlas, ó negar que la permanencia y la universalidad sean los caracteres de lo verdadero. Pero ora tomeis el partido de negar ó el de afirmar, preciso es confeseis que vuestro sentimentalismo no descansa en ningun fundamento sólido: y entonces, forzados en este último asilo, no sabiendo á qué asiros, no teniendo donde poner el pie, ¿qué os resta ya sino entregaros de nuevo á ese movimiento eterno de vuestras ideas, torbellino irresistible que os

arrebatada sin cesar á un negro abismo como á las almas de condenados?

La moral de Mr. Lerminier está perfectamente acorde con su fé. Asi como la religion no tiene expresion inmutable y eterna, asi tambien la virtud, como la dicha puede mudar de formas. «Y ha mudado, segun atestigua la historia; la virtud antigua fue suplantada por la virtud cristiana, y á no ser que estemos tocando al fin de los tiempos, no hemos tocado el de los cambios de la virtud (319).» Debemos notar aqui, que no se trata solamente de un simple desenrolle, de una perfeccion de la virtud, sino de un cambio real, semejante al que sufre la idea de felicidad en la inteligencia: pues, asi como unos llaman dicha á lo que es para otros desventura, por semejante manera, lo que es crimen podrá llegar á ser virtud, y vice-versa. Asi no debe desconfiarse de ver llegar una época, en que el mal ocupe el lugar del bien, y el bien el lugar del mal.

Sentimos en verdad, que la índole de la obra de Mr. Lerminier no le haya permitido mostrarnos las diversas aplicaciones de esas teorías generales. Una sola hallamos en su libro, relativa á uno de los preceptos de la moral mas importantes y sagrados; trátase del *suicidio*. Por punto general, Mr. Lerminier no quiere que nadie se mate; observa solamente que «los mas grandes hombres no se han librado de la tentacion de darse la muerte. Federico, Napoleon, Temístocles... En hecho de verdad, el que ha vivido como Temístocles, puede disponer de sí mismo. El héroe de semejante drama es dueño de escoger el desenlace. Pero se necesita gloria, mucha gloria para adquirir ese derecho...» Desde luego esta escepcion pudiera estenderse mas allá de lo que se piensa, especialmente en este siglo, en que á nadie que yo sepa está prohibido creerse un grande hombre. Pero el autor mismo cuida de ensanchar su tolerancia, porque algo mas abajo habla con grandes elogios de Condorcet, que *se dió la muerte sin desesperar de la filosofía y de la libertad*; y diez páginas despues felicita á Robespierre, porque *no le faltó el valor de una muerte voluntaria*. Hé ahí ciertamente agrandado el círculo de los héroes, de modo que puede contentarse á los mas descontentadizos. Despues de esto, cuánta fuerza y autoridad tiene la voz de Mr. Lerminier, cuando tomando con su auditorio el tono paternal que tan bien le sienta bajo todos aspectos, esclama: «Hijos, no busqueis un refugio contra los primeros rigores de la suerte: antes de morir, es preciso haber vivido.» En resumen, la doctrina de nuestro autor acerca del suicidio, pudiera expresarse del modo siguiente: Se prohíbe al público darse la muerte fuera de los tres casos que á continuacion se espresan: 1.º si uno es grande

hombre y ha tenido mucha gloria: 2.º si ha vivido como Temístocles, Condorcet ó Robespierre: 3.º si ha vivido bastante para estar razonablemente cansado de la vida.

Segun el sistema de M. Lerminier acerca de la religion en general, es fácil inferir lo que pensará del *cristianismo*. El cristianismo es una de las formas pasajeras, de que se ha revestido el sentimiento religioso; es un símbolo que ha tenido su tiempo y sazón; ha sido bueno, y loable mientras ha podido convenir á la civilización; hoy se gasta, y envejece. «Le veneramos todavia, porque está en la naturaleza de las cosas, pero no podemos reconocer en el otro mérito. El Cristo como todos los reveladores es uno de esos hombres, á quien la religion inspira á fin de manifestar su idea capital, y á quienes encarga sean la luz y la víctima de la humanidad. Es hombre, pero mas que otro tiene el Dios en el alma, y aun la divinidad le absorve. Entonces se confunde con ella, y este sagrado himeneo es para él una identidad; no se conoce ya como hombre, se cree como Dios. «Despues de haber así saludado á Jesus á la manera de los soldados del pretorio, el filósofo se cree autorizado para desnaturalizar aplicándoselas de nuevo las dos palabras del procónsul: *Ecce homo! He ahí un hombre.*

M. Lerminier se aplica pues á probar que el cristianismo no ha podido sustraerse á las influencias del tiempo y del espacio, y su inalienable ligereza le persigue y parece acrecentarse en esta argumentacion. Comienza bosquejando la historia de la religion cristiana desde su divino fundador hasta nuestros dias; y esa série de diez y ocho siglos se ve descrita, y juzgada en seis momentos, es decir en seis párrafos de tres líneas uno con otro; lo que da, en una línea por siglo, y tres siglos por momento. Y eso para justificar esta proposicion: *el tiempo ha desenvuelto el cristianismo*. Si por desenvolverse, M. Lerminier entiende progresar, creer, nadie disputa con él, nadie duda que el cristianismo encerrado en el cenáculo no tenia la misma gerarquía, ni la misma legislacion exterior, ni las mismas influencias sociales que el cristianismo sentado en el capitolio, porque en este sentido, desarrollo es sinónimo de vida. Pero si entiende por eso transformacion, mudanza, contradiccion en lo esencial al dogma, al culto, á la moral, aguardamos todavia las pruebas.

El espacio, añade Lerminier, *no ha estorbado menos que el tiempo al cristianismo la identidad de sus manifestaciones*. Y esto resulta de que la Italia ha tenido un culto *magnífico y radiante*, y la Alemania un culto mas serio y austero; de que la Inglaterra y

Constantinopla renunciaron al papismo; en fin de que todo el universo no es católico. *Luego el cristianismo no ha triunfado del espacio que le parte ó no le conoce*; luego porque hay hombres viciosos, no hay virtud; porque hay ciegos es preciso negar la luz; como si puestas las condiciones de la inteligencia y de la libertad humanas, fuera posible encontrar autoridad mayor que la de la Iglesia, imaginar un acuerdo mas perfecto, constante, maravilloso para atestiguar lo que enseña esta religion universalmente decorada con el nombre de *católica*. ¿Qué se pide mas?... «Se quisiera que nunca hubiese sido oscurecido ningun dogma, violada ninguna ley; que la ignorancia, el error y el crimen nunca hubieran parecido en la tierra? ¿Es esto lo que se pide para creer? Pero el cristianismo supone necesariamente que el mundo está abandonado en parte al crimen, al error, á la ignorancia. Si nada de todo esto existiese, el cristianismo no solo seria falso, sino que fuera ademas imposible concebir su existencia. Para creer en el cristianismo, se querria pues que el cristianismo no existiese, y que ni aun pudiese existir (1)» Estas reflexiones enérgicamente espresadas por la voz elocuente de un compatriota de Lerminier, hubiera debido tener presentes el profesor de las legislaciones comparadas, y si las tuvo, parece que merecian refutarse.

Indicaremos ademas una omision familiar á nuestros adversarios en las discusiones, que interesan la divinidad del cristianismo, omision que al cabo pudiera hacer sospechar de sus luces, ó de su buena fe. *Hablamos del silencio absoluto que guardan estos señores acerca de las profecias y milagros, que precedieron, acompañaron, y siguieron al establecimiento del cristianismo. Pues es preciso que sepan, que nosotros los cristianos, fundamos tambien nuestra creencia en estos dos géneros de pruebas; y aun sostenemos que su verdad descansa en monumentos tales que no es posible derrocarlos sin anonadar toda certidumbre histórica, y por consiguiante la razon misma.*

Acabaremos pues rogando particularmente á M. Lerminier, que estudie mejor y mas detenidamente esta materia: límitese si quiere, á los maravillosos hechos de la pasion, y resurreccion de Jesucristo; medítelos religiosamente y sin preocupacion; y quizá entonces, en vez de repetir la palabra del cobarde prefecto, que muy á sabiendas condenó á muerte al justo, se verá obligado á imitar al centurion romano que bajaba del Calvario clamando: *Verdaderamente era este el hijo de Dios.*

V. M. y Florez.

(1) Lamenais essais sur l'indifference etc.

CIENCIAS EXACTAS.

DISCURSO DE APERTURA DE LA CATEDRA DE MATEMÁTICAS SUPERIORES DE ESTA UNIVERSIDAD EN EL PRESENTE CURSO.

SEÑORES:

Al encargarme por primera vez de la clase de Matemáticas superiores en esta ilustre y antigua Universidad, que ha visto brillar tantos varones eminentes en todos los ramos del saber encomendados á su cuidado, y que aun conserva fresca la memoria del benemérito y distinguido D. Fernando Gomez, preciso me parece reclamar la indulgencia de los que me escuchan, para que fiado mas en ella que en lo limitado de mis escasos conocimientos, pueda dedicarme con todo empeño á la manifestacion de las importantes verdades de una ciencia reconocida ya universalmente como el primero y mas principal elemento para progresar en todas las naturales, y para labrar con sus numerosas aplicaciones el bienestar de los particulares y la prosperidad de los pueblos. Quisiera bosquejar brevemente la inmensa utilidad de estas ciencias, mas si hubo un tiempo, y no lejano por desgracia, en que esto fuese de todo punto indispensable, pareceme que esta necesidad va decreciendo rápidamente, y que la utilidad de las Matemáticas se hace de dia en dia mas conocida; asi lo prueba, en efecto, esa propension general que se despierta hácia su estudio; ese deseo por verdades positivas que germina en el interior de todos los hombres, y que brota de cuando en cuando con felices resultados; esas cátedras que se crean donde no las habia, que se aumentan y se mejoran donde existian antes; esas nuevas carreras de ingenieros de caminos, canales, puertos y minas establecidas ya, y las de geógrafos, mecánicos &c., que indudablemente se seguirán á estas: existe, pues, y crece la aficion al estudio de las ciencias exactas; existen, pues, y se aumentarán las carreras en que se utilizan y son indispensables estos conocimientos, y esto basta para hacerles recobrar la importancia que por falta de estímulo, de recompensa, y de otras causas que no es de este lugar el examinar, han dejado de tener en años anteriores. Por esta razon en lugar de detenerme á manifestar su utilidad, que por otra parte solo puede ser bien comprendida cuando se poseen las verdades que las forman, voy á presentar en este dia de apertura unas cortas

nociones sobre la naturaleza é historia de estas importantes ciencias.

MATEMATICAS. He aquí una palabra, señores, que VV. conocen ya: he aquí la palabra con que se designan en general todas las ciencias que se ocupan de las relaciones y propiedades de la cantidad, *de cuantas maneras pueda existir esta; ¿mas qué les parece á VV. que significa esta palabra Matemáticas, ó por mejor decir, la palabra griega de que ella se deriva? significa ciencia, saber; de suerte que entre los griegos las Matemáticas eran la ciencia por excelencia; la ciencia por excelencia porque entre todos los conocimientos humanos los conocimientos matemáticos son los que mejor corresponden al significado de esta palabra; porque los otros son susceptibles de errores y en los conocimientos matemáticos no pueden existir. Acabo de indicar que las relaciones de la magnitud ó de la cantidad forman el objeto de las Matemáticas; así es que la Aritmética se ocupa de las relaciones de los números; la Geometría considera las relaciones de la estension, porque medir es comparar una estension con otra; la Astronomía se ocupa de la colocacion de los astros, de su separacion, del tiempo de sus revoluciones, de su aparicion, &c.; la Mecánica compara los pesos, los movimientos, los esfuerzos egercidos y demas. Mas si el entendimiento traspasa los límites de estas relaciones, si quiere raciocinar sobre la naturaleza de los astros, sobre la estension del movimiento, sobre la causa de la pesantez &c., ya estas investigaciones pertenecen á la Física porque la luz pura y brillante de que son tan celosas las Matemáticas no les permite ocuparse de ellas; por esta razon se dividen tambien en puras ó abstractas y mistas ó fisico-matemáticas: las primeras solo se ocupan de las relaciones de la cantidad, las segundas no vienen á ser mas que diferentes ramos de la física susceptibles de una aplicación especial de las Matemáticas abstractas: pongamos un egemplo: la Optica trata de los efectos y propiedades de la luz segun ciertos principios que reducen esta consideracion á la Geometría; se establece que los rayos de luz se comunican en línea recta, que los ángulos de incidencia son iguales á los de reflexion, que la luz varia segun una ley geométrica pasando por un medio mas ó menos denso &c., y establecidos estos principios, cualquiera que sea la naturaleza de la luz, cualesquiera que sean los medios que atraviere, cualesquiera las superficies que la reflecten, el matemático no los considera, no vé en los rayos mas que líneas rectas, en las superficies solo considera su estension y su forma; y de este modo determina el camino de los rayos de luz á través de los espejos y de los vidrios ópticos, su efecto sobre los cuerpos &c. De cierto estas investigaciones son*

propias de la Física; pero ligadas íntimamente con las Matemáticas, reciben de ellas una certidumbre que las eleva á un rango superior, que las coloca en el segundo grado de las Matemáticas: las mistas son, pues, un intermedio entre las abstractas y la Física; participan de la certidumbre de las primeras y de la inseguridad de la segunda, ó lo que viene á ser lo mismo, supuesto verdadero el principio que reciben de la Física, no pueden menos de verificarse en ellas las relaciones que determinan las Matemáticas. Esto nos manifiesta tres cosas: 1.^a, que el número de las Matemáticas mistas es ilimitado, pues á cuantos ramos de la Física dirija el hombre sus investigaciones, podrá aplicar en seguida los principios matemáticos: 2.^a, que la importancia de las Matemáticas abstractas es inmensa, siquiera no fuera mas que porque ellas son el fundamento de las mistas; y 3.^a, que no debe extrañarse hicieran los antiguos tan grandes progresos en las primeras, al paso que fueron limitadísimos los de las segundas: en efecto, el entendimiento humano no tiene mas que pensar, entrar y encerrarse en sí mismo para adelantar en las abstractas, cuando no se puede dar un paso en las mistas, sin consultar continuamente á la esperiencia. Un hombre encerrado en una torre, sin luz y sin comunicacion alguna, podria con solo la fuerza de su ingenio llegar á descubrir todas las verdades de la Aritmética, del Algebra, de la Geometría; en una palabra, todos los conocimientos de las Matemáticas puras, al paso que no concibe uno cómo pudiera descubrir la menor de las propiedades de los cuerpos, la mas insignificante sin observarlos, sin examinarlos, sin recoger hechos y experimentos mil y mil veces repetidos de sus propiedades, de sus movimientos, de su naturaleza, de esas propiedades de la materia que los cuerpos poseen por causas impenetrables al entendimiento humano, de esas propiedades que los cuerpos poseen, porque los formó así el Hacedor para gozar de ellas, y cuya naturaleza solo podemos apreciar por sus efectos; pues bien, no temo ser pesado al repetir aqui lo que ya tengo dicho en otra ocasion; la falta de estos datos, de estas observaciones, fue el escollo de la antigüedad, fue la causa de los errores que abundan en las obras de los mas distinguidos filósofos, pues sin medios para estudiar la naturaleza, y desdeñando el exámen de los hechos, quisieron adivinarla con su genio vigoroso, y perdieron el tino, y se desvocaron en su carrera, y asentaron como ciertas proposiciones que hoy repugnarían al entendimiento mas limitado; y el edificio

que levantaron, semejante al que un imprudente arquitecto erigiera sobre un suelo movedizo, se desplomó por sí mismo.

Acabamos de indicar que las diversas propiedades que los cuerpos tienen, sin que podamos decir por qué, forman el objeto de todos los ramos de las Matemáticas puras y mistas; una de estas propiedades mas interesantes y general es la de poder *crecer y menguar*, la de la *cantidad*, que hace rato hemos dicho forma en abstracto el objeto de las Matemáticas puras; mas esta cantidad puede ser de dos maneras muy diferentes y fáciles de distinguir; supongamos por egemplo, el encerado que tenemos á la vista, nadie dudará que es una cantidad, pues que podría ser mayor ó menor, tambien lo es el número que formamos los que estamos reunidos en esta clase: mas ¡qué diferencia tan notable entre una y otra cantidad! en efecto á la primera si se le quita ó pone un pedazo no dejará por eso de permanecer cantidad, mas ya no formará el encerado de la misma figura y dimensiones, al paso que si aqui vinieran mas, ó nos ausentáramos algunos el número que espresase estas nuevas cantidades seria de la misma especie que el anterior; las partes de la primera cantidad son, pues, inseparables, por eso se la llama *continua*, las de la segunda se pueden segregar unas de otras, por eso se llama *discreta*, participio del verbo latino *discernere*, que significa separar, distinguir una cosa de otra. Si, pues, la cantidad puede ser de dos maneras diferentes, natural es que las Matemáticas se dividan tambien en dos grandes grupos subdivididos ellos en varias ciencias subalternas, de las cuales unas se ocupen de la cantidad discreta y otras de la continua; las primeras pueden comprenderse bajo el nombre de *Aritmética universal*, y las segundas bajo el de *Geometría universal* tambien; mas, señores, bajo de estos dos solos nombres se encierra un dilatado número de tratados, ya supongo conocidos de VV. la *Aritmética*, *Algebra y Geometría*, y á pesar de eso queda este año y queda otro despues para explicar los principios mas generales de estas ciencias; á la primera clase de ellas pertenecen las Ecuaciones superiores, las Funciones, las Series, el método de los límites de las cantidades, el cálculo de las diferencias finitas y el Infinitesimal; y á las segundas la Trigonometría rectilínea, la esférica, la Geometría analítica, la descriptiva, las Secciones cónicas y la Geometría sublime ó trascendente; mas aun, gracias á los progresos modernos de estas ciencias, que indicaré despues, y á las mútuas aplicaciones de unas y otras se han mezclado los medios mas sublimes de la análisis con los procedimientos geométricos dando asi

á sus verdades una utilidad y una estension que no solo ignoraron los antiguos sino que ni aun pudieron sospechar.

Las Matemáticas, y principalmente las puras, se jactan de una certeza y de un encanto en su estudio, que no se encuentra en las demas ciencias. Y ¿de qué nace esto? En primer lugar de la sencillez de su objeto, y en segundo de la marcha que siguen los matemáticos, ó por mejor decir los geómetras, porque esta marcha es la mas acomodada para descubrir la verdad: el geómetra define las palabras y las usa siempre de una misma manera; de una idea clara deduce consecuencias claras, incontestables, que son los eslabones de la cadena de su ciencia; los recorre todos, y jamás salta por ninguno; prefiere el detenerse á saltar, desecha todo ornato que tienda á subyugar la imaginacion, mas que á convencer el entendimiento; la claridad, la pureza y la precision son las solas cualidades á que aspira; su elegancia es llegar á su fin por el camino mas corto; y en ellas *no es descrédito el no inventar, sino el enseñar por verdad lo que sea falso* (1). La exactitud que este método produce, la costumbre de ligar con los principios las consecuencias que se derivan de ellos, es la causa del atractivo que acarrea su estudio. Un estimado y metafísico autor de educacion (2) decia que no todos los hombres están llamados á ser grandes matemáticos; pero que todos los que estén destinados á usar alguna vez de su razon, las deben estudiar hasta cierto punto; no se encontrarian entonces tantos vanos razonamientos dados por demostraciones, tantas personas engañadas con las apariencias de la verdad. Tiene ademas de interesante y atractivo esta ciencia, la notable concordancia que existe entre los descubrimientos de un mismo asunto, por mas que se deriven *de principios diferentes, y por distantes que se hallen las personas*, los sitios y las épocas de los descubrimientos: los geómetras de la Grecia, de la India y de la China encontraron igualmente, sin comunicarse, y con el intermedio de miles de años y de miles de leguas, que *el cuadrado de la hipotenusa es igual á la suma de los cuadrados de los catetos*, y todos los pueblos modernos entienden de la misma manera esta interesante verdad.

Con tan apreciables circunstancias, no debe estrañarse la estimacion que han merecido estas ciencias en todos los siglos de los hombres mas sábios, mas distinguidos y mas celosos por mejorar la condicion de la especie humana: entre los antiguos, los filósofos

(1) Descartes

(2) Locke.

mas respetables, los de mas puras costumbres, las cultivaron y las estimaron en mucho; baste recordar que Thales, Pitágoras, Demócrito, Anaxágoras, Platon, etc. etc., fueron los que mas contribuyeron á su introduccion y progresos en la Grecia; Platon, sobre todo, tenia tan alta idea de la Geometría, que no permitia la entrada en su escuela á quien no estuviese versado en esta ciencia, y preguntándosele un dia cuáles eran las ocupaciones de la divinidad, respondió: «Geometrizo el mundo,» es decir, dirige y gobierna el universo por leyes geométricas, verdad interesante y consoladora que se hace mas palpable, al paso que se adelanta en el conocimiento de la naturaleza. En todos los siglos y paises pudieran recogerse iguales testimonios de estimacion por las Matemáticas; y aun en esa larga noche en que estuvieron sumidos los pueblos de Occidente despues de la caída del imperio romano, aquellos que lograron distinguirse, aquellos que manifestaron un talento superior á su siglo, cultivaban las Matemáticas: basta citar á Boecio y Casiodoro, en el siglo VI; á Bede y Alcuin, en el VIII; á Gerber en el X; Albert el Grande, Rogel Bacon, y otros en el XIII, etc. Entre los modernos parece inútil recordarlo; todos saben que Galileo, Torricelli, Descartes, Pascal, Newton, Leibnitz, Laplace etc., etc., que fueron los mas grandes físicos, los inventores de los descubrimientos mas hermosos, fueron tambien los mas aventajados matemáticos, y con el auxilio de estas ciencias pudieron llegar á los resultados que nos llenan de admiracion hácia ellos; mas aun, las dificultades que se han opuesto á las leyes de la naturaleza descubiertas por los mismos, solo lo han sido y solo han hallado acogida entre las personas que ignoraban las matemáticas: este es quizá su mayor elogio. En el dia cuán pocos se encuentran que nieguen los principios de la Física, de la Óptica, de la Pneumática; ¿y por qué? Porque son mas generales los conocimientos matemáticos; porque penetrando primero por entre las tinieblas han llegado á las personas ilustradas, y se han estendido despues á las universidades, á las academias, á los colegios, á todos los establecimientos de enseñanza; semejantes á la claridad de la aurora naciente que disipa las tinieblas y los prestigios de la noche, han desterrado de ellos las opiniones erróneas de la filosofía antigua, y hasta el miserable ergotage de la Lógica. Dada ya una idea de la naturaleza de estas ciencias, vamos á esponer unas brevísimas noticias de su invención y progresos.

Muy de estimar seria tuviésemos una historia razonada y fidedigna de la invención y progresos de todos los ramos del saber huma-

no, pues no se limitarían las consecuencias á satisfacer una inútil curiosidad (y no en verdad mas inútil que la que resulta de la historia comun de las naciones), sino que por su medio conoceríamos á los hombres que se habian distinguido por mejorar la condicion de la especie humana; les rendiríamos el justo homenaje de nuestro agradecimiento; veríamos el método que habian seguido en sus invenciones; el enlace que tenian unas con otras, y nos pondríamos en estado de poderlos dilatar por nosotros mismos; mas, señores, ¡cuán poco de esto se encuentra! las bibliotecas se hallan hacinadas de volúmenes de historia en los que de todo se habla menos de la historia de las ciencias, y en muchos solo se encuentran prolijas relaciones de sitios, de batallas, de revoluciones; ¡cuántas vidas de héroes que solo se han hecho célebres por las huellas de sangre que han dejado tras de sí! Ya observaba Plinio, que apenas se encuentran escritores que se hayan dedicado á transmitir á la posteridad los nombres de aquellos bienhechores del género humano, que han trabajado los unos por aliviar sus necesidades con invenciones útiles, los otros estendiendo las facultades de su entendimiento con sus vigiliass y meditaciones; y mucho menos se hallan todavia que se hayan dedicado á presentar el cuadro de los progresos de estas invenciones, ó á seguir el entendimiento humano en su marcha y desarrollo; ¿es que seria este cuadro menos interesante que el de las escenas sangrientas que no cesan de producir la ambicion y maldad de los hombres?

La historia de las ciencias, como la de los imperios, se pierde entre las fábulas y las conjeturas, y tiene sus principios envueltos entre tinieblas é incertidumbre: los primeros pasos del saber del hombre, débiles y oscuros, debieron escitar tan poco la atencion de los que fueron testigos de ellos, que no es extraño, hasta cierto punto, hayan quedado sus huellas cuasi del todo borradas; á esta razon se agrega tambien para nosotros la distancia del tiempo en que se efectuaron: si la historia política, que fue siempre conservada con mayor cuidado, nos falta en muchos periodos, ¿se extrañará que la de las ciencias se halle muchas veces en el mismo caso?

Los primeros principios de las Matemáticas debieron ser comunes á todos los pueblos; todos, en efecto, debieron sentir como una de sus primeras necesidades reunidos ya en sociedad, la de contarse y saber el número de sus amigos y parientes, de sus posesiones y riquezas; todos debieron, pues, poseer los primeros elementos de *Aritmética*; todos debieron hacer tambien divisiones de la tierra, en las que se afectase la igualdad y la justicia; en todos se hallan

construidos templos y otros edificios mas ó menos complicados, mas ó menos perfectos, pero sujetos todos á ciertas reglas, dimensiones y figuras; todos debieron, pues, poseer los primeros elementos de *Geometría*: hé aqui, pues, los dos grandes brazos de las Matemáticas como naturales de todos los paises, como innatos en todos los pueblos del universo. Sin embargo, estos conocimientos naturales no pueden propiamente llamarse ciencia, ni los pocos y descuaderados principios de contar y de distribuir las tierras, constituyen la Aritmética y la Geometría; y asi vamos á entrar en algunos pormenores sobre estas diferentes ciencias.

El origen de la *Aritmética* es desconocido: se atribuye á los indios, de donde debieron entonces tomarla los demas pueblos; pero las primeras noticias que nosotros poseemos sobre este asunto se deben á los griegos, á ese pueblo generoso é ilustrado, que tan adelante llevó su civilizacion, y que tantas y tantas veces hay que tomar en boca cuando se trata del saber.

Thales y *Pitágoras* fueron á estudiar con los sacerdotes egipcios; pero aunque de ambos se refiere lo que adelantaron en la Geometría, como veremos dentro de poco, ni una sola palabra de Aritmética sabemos por el primero, y del segundo solo se conserva la tabla que aun hoy dia lleva su nombre, y que presta tantos auxilios á las primeras operaciones; tambien parece descubrió para su uso una Aritmética cuaternaria que él ponderaba mucho, pero de la que no nos queda noticia alguna; quiso que los nombres de los números encerrasen significados que él soñaba sin duda, y esto que sirve solo para desacreditarle, y que yo no repetiré aqui por lo mismo, es lo que nos han conservado los historiadores. Hacia el año 320 antes de nuestra era, se sabe que *Platon*, y *Euclides* despues, conocian las primeras cuatro reglas, extraian las raices cuadradas y cúbicas, y formaban reglas de proporcion, ignorándose la época de estos descubrimientos, y los nombres de los que los efectuaron. Arquimedes, que tanto adelantó en todos los ramos de las Matemáticas, descubrió tambien las progresiones, é hizo de ellas numerosas aplicaciones; pero se pasan despues mas de doce siglos sin que vuelva á hablarse de este asunto, hasta que un tal *Sesa* (segun nos dice *Alsefadi*, autor arábigo) inventó el juego del agedrész para divertir al emperador de la India, y pidió por premio de su trabajo tantos granos de trigo como cupieran en el tablero, poniendo en la primera casilla uno, en la segunda dos, y doblando siempre en las siguientes, cantidad que no puede terminarse sin ayuda de las progresiones. La teoria de las progresiones sirvió para demostrar curio-

sísimos problemas, que llamaron grandemente la atención, y que sería demasiado largo enumerar aquí.

Procurando indagar los descubrimientos aritméticos de los antiguos, se formó el arte de contar; pero los signos de que nos valemos nosotros, que nos transmitieron los árabes, y que ellos confiesan haber recibido de la India, no han sido los únicos empleados; los hebreos los tuvieron diferentes, los romanos también, y hasta los nuestros han tenido otra forma, que se ha ido sucesivamente modificando con los progresos de la escritura: la primera vez que se publicaron estos caracteres fue el año 1523, por *Lucas del Burgo del Santo Sepulcro*, que los importó del Oriente en el de 1520. Por los años de 1460, el célebre *Juan Muller*, natural de Konisberg, en Franconia, tan conocido en el mundo literario bajo el nombre de *Regio Montano*, inventó las fracciones decimales para sustituir á los quebrados comunes; después el barón de *Nepper*, escocés, en 1617 publicó una nueva Aritmética con el título de *Rabdología*, inventó los logaritmos, y propuso el medio de hacer todas las operaciones aritméticas por medio de cuadrados, y unos palitos que escusaban los cálculos: esta idea, que se ha repetido muchas veces después con mas ó menos modificaciones, ha sido abandonada totalmente por su complicación y limitación: en nuestros días es cuando se ha sacado el mayor partido posible de esta idea para la enseñanza de los ciegos. Al mismo tiempo que *Nepper* mejoraba y enriquecía la Aritmética con sus descubrimientos, lo hacía también el doctor *Wallis* con la *Aritmética de los infinitos*, que estriba en que la progresión natural de los números se diferencia en 1, y que si entre ocho y nueve se interpolan mil, y luego otros mil entre otros dos de estos etc., la diferencia será despreciable: el inventor, *Pascal* y otros varios hicieron útiles aplicaciones de esta teoría, que se roza ya con otros principios; y hacia fines del mismo siglo XVII y principios del XVIII, se entablaron las disputas sobre el sistema de numeración: *Weigel*, profesor de Matemáticas, de Ginebra, propuso el cuaternario ó de cuatro cifras, que él llamó *Aritmética tetráctica*, *Leibnitz* el de dos ó *vinario*, y otros varios diferentes sistemas; pero sea cualquiera la utilidad que resultaría una vez adoptado el mas perfecto, que en nuestro concepto es el de diez y seis cifras, serian inmensos los trastornos que para su consecución se originasen.

Tal es el paso que ha llevado la Aritmética; á últimos del siglo pasado se ha querido hacer de ella una división con los nombres de *aritmética de cálculo*, y *aritmética divinatoria*, tratando de resolver

por medio de esta última cuestiones en el fondo ridículas, y en su apariencia para los ignorantes dignas de este título, pero felizmente se puede considerar como abandonada semejante quimera. El atento exàmen de los números, sus diversas combinaciones y la investigacion de las propiedades que les competen es lo único que podrá hacer progresar, simplificar y aliviar esta ciencia; y bajo este punto de vista quizá los portentosos resultados que obtiene ese genio precoz y privilegiado que ha querido distinguirse ridiculamente en Valencia, ese compatriota del memorable Arquimedes inventor de las progresiones, *Vito Mangiamelle*, pudieran hacerla mudar de aspecto si él puede y quiere reducir á reglas los medios de que se vale para obtenerlos.

ALGEBRA. Por considerables que hayan sido hasta aqui, y que sean en lo sucesivo los progresos que pueda hacer la Aritmética, es imposible que salga de los límites tan estrechos que la señalan el tener todas sus cifras un valor determinado, circunstancia que hace no se puedan generalizar las reglas obtenidas en un caso particular pues es factible varien en los otros; esta dificultad se ha conocido desde muy antiguo, y los árabes mismos que nos transmitieron las primeras ideas de la Aritmética nos han dejado tambien algunas huellas de sus descubrimientos sobre este asunto, asi como los medios de vencer aquella dificultad, para lo cual se valieron de signos universales y de espresiones generales, con las cua les pudieron calcular no solo los valores numéricos que ignoraban sino tambien los que no pueden espresarse con los guarismos de la Aritmética, sugetando tambien al cálculo las cantidades que influyen en él de diferente modo, las *positivas* y las *negativas*: á este modo de calcular en que hacian uso de espresiones figuradas llamaron primero *Aritmética simbólica*, y designaron despues con la palabra que nosotros hemos convertido en la de *Algebra*, segun espresa *Diaphanto* que escribió á fines del siglo IV de nuestra era la primera obra que se conoce sobre estos asuntos, y en la cual presenta ya el modo de resolver las ecuaciones de primer grado, y aun las de segundo aunque imperfectamente: se cree que la invencion del Algebra la tuvieron los árabes de los filósofos de la India por mas que en su anotacion hacen uso de signos griegos; algunos deducen de esta circunstancia que los griegos fueron los inventores del Algebra por mas que no nos quede ninguna otra huella de ello, pero en mi concepto solo prueba que habiéndose traducido á la lengua árabe todas las obras griegas se acostumbraron á su notacion, uniformando asi todos sus conocimientos. ¡Ojala

que modernamente se hubiera seguido tan bello egemplo!

La célebre *Hipacia*, hija del matemático Theon, comentó en Alejandría la obra de Diofanto, y esplicó públicamente esta ciencia y la Astronomía, hasta que fue hecha pedazos en una conmocion popular, acusada de la mala inteligencia que existia entre el gobernador y el arzobispo de la ciudad: en el siglo V la tradujo un tal Xilandro del griego al latin; y en el VIII el célebre árabe Mohamed-ben-Musa compuso un tratado, en que esplicó el modo de resolver con generalidad y exactitud las ecuaciones de segundo grado. A principios del siglo XVI Tartalea descubrió el modo de resolver algunas ecuaciones del tercer grado; y aunque no me detendré yo ahora en hacer ver cómo se resuelven las de ninguno de ellos, no quiero dejar de observar que hasta este tiempo era muy engorrosa la notacion algebráica, pues habia signos particulares, letras y números que complicaban estraordinariamente los cálculos, y las mas veces solo podrian servir para casos particulares los resultados que se obtuviesen: el célebre *Vieta*, frances, fue el primero que se sirvió de las letras del alfabeto á últimos del mismo siglo XVI para espresar todas las cantidades, y de este modo se hicieron generales los resultados obtenidos para cada caso particular, porque las letras pueden abrazarlos todos: hizo notables descubrimientos sobre el Algebra y la Geometría, manifestando entre otras cosas el modo de encontrar la raiz en las ecuaciones numéricas, y el de aproximarla en las literales; y últimamente el de espresar estas por medio de líneas, ó sea *construirlas*, primer principio de la *Geometría analítica*. *Hariot*, ingles, á principios del siguiente siglo metodizó y simplificó la notacion de Vieta; descubrió que en toda ecuacion tiene la incógnita tantos valores como unidades el grado que la caracteriza; descubrió cuantas raices reales y cuantas imaginarias podria tener una ecuacion, y publicó todos sus descubrimientos el año 1631: por este mismo tiempo se ocupaban tambien de las ecuaciones superiores *Alberto Girardo* y otros varios, descubriendo las raices negativas y otras propiedades, cuando vino al mundo el célebre *Descartes*.

Este grande hombre hizo mudar de aspecto á la Geometría, aplicando á ella el análisis algebráico; principió por modificar aun mas la notacion de Hariot, escribiendo los esponentes de las sucesivas potencias, en vez de poner la letra repetida como se hacia antes: dió una regla general para hallar las raices reales é imaginarias de

una ecuacion; un método para reducir las de cuarto grado á otras de segundo, y otro para hallar todas las raices comensurables que pudieran tener.

Newton continuó estos descubrimientos, haciendo él otros muchos no menos importantes en este y en los demas ramos de las Matemáticas; respecto de las ecuaciones, descubrió el modo de hallar todas las raices por aproximacion, método que á pesar de haberse presentado otros muchos posteriormente, aun deberemos esplicar en este curso: *Newton*, como de costumbre, dejó para otros el que demostrasen su regla, sea por no cansarse él en verificarlo, ó porque la quisiera reservar para sí: adoptó tambien, asi como el célebre *Leibnitz*, su dignísimo antagonista en la invencion del cálculo infinitesimal, ó sea de las *fluxiones* y *fluentes*, el poner en las ecuaciones esponentes indeterminados á las incógnitas, lo que da una forma mas general á todos los problemas.

Llegada el Algebra á este punto, y perfeccionados sus métodos por los *Bernonilli*, *Maclaurin*, *Hook*, *Huighens* y otros varios, se han resuelto por su medio cuestiones en extremo complicadas con el mayor acierto; se han aplicado sus principios al cálculo de las probabilidades, y si debemos confesar que por su medio se han determinado relaciones muy importantes sobre varios juegos, sobre la mortalidad, la probabilidad de vida, el alza y baja de los fondos públicos, y otros muchos asuntos; tampoco se debe pasar en silencio que se ha querido aplicar tambien á cuestiones imposibles y ridículas que no espondremos aqui.

GEOMETRIA. A pesar de lo que digimos en un principio sobre el uso comun entre todos los pueblos de los primeros elementos de la Geometría, cuantos autores han escrito sobre este asunto la han hecho descender del Egipto, y esta notable concordancia no puede menos de hacer creer que este pais debió ser la cuna de la Geometría algo desarrollada, de esa Geometría por la cual se distingue el géometra del artista; y lo comprueba ademas el que los primeros filósofos de la Grecia fuesen á beber entre los egipcios los principios de esta ciencia; mas no debieron ser muchos los progresos que ellos y los caldeos hiciesen en la Geometría, á juzgar por los transportes de admiracion que los sábios griegos hicieron despues cuando descubrieron varios principios; á no ser que se diga que los sacerdotes egipcios no enseñaban á sus discípulos todo lo que sabian; pero aun asi se puede juzgar de la cortedad del cuerpo de doctrina, que ocultaban por la pequeñez de los principios que dejaban ver; mas estensos hubieran sido en ellos si su saber en este

género correspondiese á la imaginacion de sus panegiristas.

Thales de Mileto, nacido el año 640 antes de nuestra era, es el primer griego que fue á estudiar en Egipto, se adelantó pronto y asombró á sus maestros, enseñándoles á medir la altura de sus famosas pirámides por la sombra que arrojaban, y la distancia á que se hallaban detenidas las embarcaciones por otros procedimientos geométricos; juguetes, si se quiere, respecto de una ciencia adulta, pero los primeros elementos de aquella parte de la Geometría que mide las distancias y alturas en parte ó en todo inaccesibles por medio de las relaciones de los lados de los triángulos, de esa parte que se conoce con el nombre de *Trigonometria*. *Thales* fue tambien el primero que trasplantó é introdujo en la Grecia la Geometría, pues aunque á su llegada eran ya conocidos algunos principios, aunque habia dado algunos años antes la primera definicion del triángulo un tal *Euforbio* de Frigia, aunque se conocian la regla y el compás, cuya invencion se atribuye á *Dédalo*; la escuadra y el nivel que inventó *Teodoro* de Samos, uno de los arquitectos del templo de Efeso; todos estos conocimientos deben atribuirse á la Geometría natural de que he hecho antes mencion, sin que pueda despojarse á *Thales* de la gloria de fijar entre sus paisanos el origen de la Geometría, que no se conduce sino por el raciocinio y la luz de la evidencia, que ha provisto á la sociedad de tantos socorros que hacen el asombro de los que la ignoran, que ha servido al entendimiento humano de instrumento para medir los cielos y para profundizar en mil fenómenos naturales. *Thales* fundó la escuela de Jonia; hizo varios descubrimientos, entre ellos el de la propiedad que tienen todos los ángulos inscritos, cuyos extremos pasan por los extremos del diámetro de ser rectos: sus discípulos los continuaron despues: *Anaximandro*, que fue uno de los principales, escribió una introduccion á la Geometría, primera obra de esta clase de que se tiene noticia, y el virtuoso *Anaxágoras* se ocupó el primero en su prision de la relacion del diámetro á la circunferencia, cuestion que habia de ser despues tan famosa. *Pitágoras*, discípulo tambien de *Thales*, despues de haber visitado el Egipto y la India, fundó en Italia otra escuela no menos famosa que la de Jonia, y contribuyó mucho á los progresos de la Geometría con el descubrimiento del cuadrado de la hipotenusa: sus discípulos hicieron otros muchos descubriendo la incommensurabilidad de ciertas líneas, como la diagonal del cuadrado, la teoría de los cuerpos regulares que tantos otros supone, etc.

La Geometría recibió un aumento considerable con la fundacion

de la escuela platónica; hasta entonces solo se habia ocupado de los principios; en el Liceo de Atenas salió de su infancia, y tomando un nuevo vuelo *Platon* y sus discípulos, la enriquecieron con la invencion del análisis numérico, con el descubrimiento de las secciones cónicas, el de los lugares geométricos, y otros muchos que fueron el fruto de sus tareas, tan escitadas por las observaciones, como por el egeemplo de su maestro. Ninguna obra se cree que escribiera éste; pero sus discípulos, que despues de su muerte continuaron en cultivar la Geometría en el Liceo, compusieron muchas en que desarrollaron los conocimientos que habian bebido con él, principalmente los que se refieren á los tres tan importantes y fundamentales que acabamos de citar, y que abrieron el camino á los que se verificaron despues en otra parte. Entre los distinguidos discípulos y sucesores de la escuela de *Platon* se cuenta á *Euclides*, tan célebre despues.

La Geometría no fue tan cultivada entre los peripatéticos: el carácter decisivo de *Aristóteles*, y el que él infundió en su escuela, no se acomodaba con la marcha lenta, pero segura, de las Matemáticas; y ellos fueron los que mas contribuyeron á su descrédito entre los antiguos.

El esplendor y brillo de las Matemáticas murió entre las repúblicas griegas con su libertad, y cuando los capitanes de *Alejandro* á su muerte se repartieron el imperio *Lago* y su hijo *Ptolomeo Filadelfio*, á quienes tocó en parte el Egipto, las trasladaron á su primitivo pais; llamando los sábios á su corte, colmándoles de honores, y dándoles habitacion en su palacio, hicieron de la escuela de *Alejandro* respecto de las Matemáticas en general, lo que el Liceo y la escuela de *Platon* habian sido en Atenas respecto de la Geometría. Uno de los primeros y mas distinguidos geómetras que brillaron en esta nueva escuela fue el célebre *Euclides*, discípulo, como ya hemos dicho, de los primeros de *Platon*: en sus nunca bastante celebrados *Elementos*, recopiló cuanto hasta su tiempo se sabia con un orden, un rigor y una exactitud que ha sido imposible sustituir por ninguno de los infinitos autores, traductores y comentadores que ha tenido entre todos los pueblos: él fue tambien el inventor de las demostraciones *ad absurdum*.

Arquimedes, nacido en Sicilia por los años 267 antes de nuestra era, fue el geómetra mas completo de la antigüedad, y cultivó tambien con extraordinario éxito todos los ramos que componian entonces las Matemáticas, sobresaliendo principalmente en la Mecánica: la Geometría le debe lo mucho que dilató sus límites con la

consideracion y medida de las magnitudes curvilíneas que estaba entonces en la infancia, que él abrazó con entusiasmo, é hizo en ella tales y tantos descubrimientos, que con razon le han colocado en el primer lugar entre los geómetras antiguos, como indicamos poco há. Sobre esta materia compuso muchas obras interesantes, principalmente dos libros sobre la esfera y el cilindro, en que demostró que la superficie y volúmen de la esfera era igual á los $\frac{2}{3}$ del cilindro circunscrito á ella; otro sobre la medida del círculo en que determinó con suma sagacidad que la circunferencia era mayor que 3 y $\frac{10}{71}$, y menor que 3 y $\frac{10}{70}$; otro sobre los conoides y esferoides, cuyo nombre dió á los cuerpos engendrados por la revolucion de las secciones cónicas al rededor de sus eges; descubrió la cuadratura de la parábola; las propiedades de la espiral que lleva su nombre; el método sobre los límites de las cantidades, y mil otros, en muchos de los cuales empleó un método tan sublime, que aun hoy dia hace la desesperacion de geómetras no comunes.

Casi contemporáneo de Arquímedes, floreció en la escuela de Alejandría Apolonio de Pérgamo, á quien llamaron algunos el *gran geómetra*, por la sublimidad que en esta ciencia adquirió: su principal obra sobre ella, y la que tanta y tan justa fama le ha merecido, fueron ocho libros sobre las secciones cónicas de un mérito distinguido, á cuyas curvas dió los nombres con que hoy dia se conocen: los cuatro primeros de estos libros han sido conocidos siempre; los tres restantes han estado perdidos muchos siglos, logrando su restablecimiento por el trato con los árabes, de cuya lengua se tradugeron á mediados del siglo XVI; el último parece perdido para siempre. La Geometría continuó siendo cultivada en Alejandría por los sucesores de Arquímedes y Apolonio hasta el principio de nuestra era, en cuyo tiempo escribió un tal *Hiparco* el primer tratado de Trigonometría tal como existe al presente, y se hicieron otros varios descubrimientos. Desde entonces principiaron á declinar, como si la naturaleza se hallase exhausta con los esfuerzos egercidos, y aunque se adelantó alguna cosa, fue muy poco en comparacion del espacio trascurrido hasta la destruccion del imperio griego, y con el de la escuela y de la biblioteca de Alejandría, de aquella famosa biblioteca, que fue quemada por disposicion especial del caudillo de los árabes invasores, *porque si contenian sus libros alguna cosa contra el alcorán era perjudicial, y sino la contenian inútil.*

La Geometría no hizo mas progresos entre los otros pueblos de la antigüedad, que los que tenia en la Grecia: los árabes, los per-

sas y los turcos se contentaron con traducciones; los judíos y los hebreos, apenas tuvieron ni obras ni geómetras; los indios y los chinos solo conocieron un muy limitado número de principios; sin embargo á los árabes somos deudores del restablecimiento de la mayor parte de los autores griegos, pues bien pronto despues de su conquista los miraron con estimacion, y los tradugeron á su lengua; no tuvieron ciertamente el genio de inventar; pero perfeccionaron algunos descubrimientos de los griegos; y principalmente la Trigonometría dió entre ellos un paso muy adelantado con la sustitucion de los senos de los arcos, que hasta el presente se emplean, á las cuerdas de los arcos dobles que empleaban los antiguos, y que hacian mas engorrosas las operaciones.

Entre los romanos no hizo tampoco la Geometría progreso alguno; estos conquistadores del universo, únicamente ocupados en el cuidado de estender su dominacion, no se cuidaron sino muy tarde de aspirar á la gloria de ser sábios é ilustrados: al contrario, hubo muchos decretos del Senado y del pueblo en detrimento de las ciencias, y la Geometría no se elevó entre ellos mas que al arte de medir las tierras.

Ya hemos indicado que en los siglos medios, ni existió Geometría ni ninguna otra ciencia, á escepcion de algunos chispazos que se vieron brillar muy de tarde en tarde. En los siglos XIII y XIV ya principiaron á restablecerse; en el XV dieron pasos mas seguros hácia el restablecimiento, á lo que contribuyeron principalmente *Regiomontano* y *Purbach* que adelantaron sobre todo la Trigonometría, dividiendo primero el rádio en seiscientas mil partes, y despues en un millon, y calculando con arreglo á este valor todos los grados del cuadrante de minuto en minuto. En el XVI se estendieron por toda la Europa los principios matematicos; y en los dos últimos siglos se han enriquecido con tan crecido número de métodos y descubrimientos, que ya es imposible dar una idea de ellos sucintamente: baste recordar que el siglo XVII es el siglo de *Nepper*, *Caballeri*, *Descartes*, *Newton*, *Halley*, *Fermat*, *Gregori* etc. *Nepper* inventó los logaritmos, cuyo método tanto ha estendido y simplificado las operaciones de las Matemáticas: entre las manos de *Caballeri* nació una nueva Geometría, que cultivada por otros se elevó á investigaciones mucho mas superiores que las que conocian los antiguos: *Descartes*, siguiendo otro camino diferente, aplicó el Algebra á la Geometría, y dió á la teoría de las curvas una generalidad y una sencillez que jamás habian tenido; *Newton* y *Leibnitz* dieron, en fin, nacimiento á aquella sublime Geometría, por la cual

lo que tantos trabajos habia costado, parece solo un juego, y que es la única que puede abrir el camino á las investigaciones sublimes y difíciles de que se ocupan los modernos. En el siglo XVIII se continuó estendiendo y perfeccionando el cálculo de las *fluxiones* que inventó Newton, y que se conoce en el resto de Europa con el nombre de *Cálculo diferencial é integral*, y fundándose en él recibieron tambien nacimiento otros muchos cálculos como el de las cantidades logarítmicas, circulares é imaginarias, el de los límites, el de las funciones analíticas, el de las variaciones, el de las diferencias parciales, la teoría de las séries infinitas, de las eliminaciones, de las interpolaciones etc.: curvas é instrumentos se inventaron en número crecidísimo, como las evolutas, evolventes, cicloides, epicicloides y demas, y sus propiedades recibieron numerosas y útiles aplicaciones: los nombres de *Leibnitz*, *el marques del Hospital*, *D'Alembert*, *Taylor*, *Nicolo*, *Euler*, *Lagrange*, *Lacroix*, *Laplace*, *Bezout*, *Bossut*, *D. Jorge Juan*, y mil y mil llegan hasta nosotros, y llegan llenos de la fama que tambien han merecido por sus obras.

Tal es el cuadro que presentan estas ciencias; poco puede indicar esta ligerísima reseña, pero servirá al menos para hacernos recordar que los antiguos avanzaron, quizá hasta donde es posible, por el método sintético y limitado que habian adoptado, y que los modernos perfeccionando el análisis, descubriendo nuevos cálculos y aplicando sus principios á investigaciones extraordinarias han elevado estas ciencias á un grado de perfeccion y generalidad que ha permitido llegar con ellos á los resultados mas portentosos. Me he detenido mas en las verdades concernientes á los tratados de que ya deben hallarse VV. impuestos para que pudieran apreciar mejor sus ventajas, y he indicado ligeramente los que van á ser objeto de nuestras lecciones por no presentar ideas oscuras á la imaginacion de VV.: tiempo vendrá en que esplicados todos sus principios podamos abarcarlos en una ojeada, y entretenernos con ellos y con la invencion de cada uno de sus métodos como ahora lo hemos hecho respecto de los primeros tratados.

Lo que importa, pues, es dedicarse con afan y perseverancia á su estudio para poder coger el fruto de nuestras tareas; todos saben ya los dias, hora y testo que han de servir en las esplicaciones; solo me resta añadir que no me ceñiré estrictamente á lo que en él se dice, aunque procuraré seguir el mismo orden para que sea fácil el estudio; para lo cual los que deseen aprovechar mas el tiempo, ademas de la suma atencion que de todos se requiere, deberán hacer

en su casa extractos al menos de todas las lecciones que se diferencien del autor; y digo en su casa, porque aunque me seria fácil dar cuadernos de las lecciones, ó dictarlas en la clase, no creo que este método pueda producir tantas ventajas como el estudio particular de cada uno; ademas de que há mucho tiempo se prohibió el uso de dictar en las aulas de las Universidades.

Al estudio, pues, jóvenes aplicados, que si hay ciencias que por su índole particular solo parecen destinadas á alimentar la curiosidad ó la inquietud del entendimiento humano, otras existen que saliendo de este órden puramente intelectual deben aplicarse tambien á satisfacer las necesidades de la sociedad, y en el número de estas ocupan el lugar mas eminente las que, al paso que sirven para hacernos conocer las leyes sublimes de la naturaleza, se presentan tambien á reglar todos los trabajos del hombre y las operaciones mas humildes de las artes con los mismos principios con que afectó el Hacedor supremo las sorprendentes creaciones de su omnipotencia.

M. M. Azofra.

ELECCION DE UNA CARRERA.

La eleccion de una carrera es el negocio mas interesante, mas árduo y mas trascendental que se le ofrece al hombre en su vida. Sin embargo no se considera así, ó á lo menos no se ponen los medios en proporcion á la dificultad y valía de la empresa. La mayoría de las gentes no ven mas que la parte material concerniente al individuo, y no se ocupan, ni aun se acuerdan, de la que corresponde á la sociedad: error perjudicialísimo, porque si el hombre tiene deberes para consigo mismo, los tiene tambien, y no menos graves, para con la sociedad en que vive. El egoismo y la cobardía han perdido muchos países; el egoismo y la pusilanimidad han de perder tambien el nuestro. La generacion actual debe dedicarse á mejorar el estado de la sociedad en que vive, porque como ha dicho Napoleon, «el carácter principal de este siglo es el reinado de las ideas filantrópicas (1) y generosas.» En efecto, la verdadera filosofía moderna hace consistir la gloria en merecer el aprecio público, perfeccionando cada cual la ciencia ó industria que ha abrazado, dirigiéndola al mayor bien de sus semejantes. De este modo

(1) Respuesta á una diputacion del cuerpo legislativo.

todos pueden llegar igualmente, aunque por diversos caminos, al templo de la gloria; todos pueden conseguir una subsistencia honrosa con el placer de ser útiles á su patria.

Para escoger una carrera se deben tener presentes muchas cosas, no solo con relacion al individuo, sino tambien al pais en que éste vive. En cuanto al primero se ha de considerar su disposicion física, moral, é intelectual, y el estado de su casa y familia. En cuanto al segundo cuál es su marcha política y moral, y cuáles las carreras que ofrecen mas independendia, decoro y estabilidad. En estas pocas palabras se encierran tantas ideas, que seria nunca acabar el enumerarlas, y es muy difícil el describirlas.

Tener presente la disposicion física de un jóven es del mayor interés, y un padre ilustrado tomará consejo de un médico prudente para decidir si su hijo puede dedicarse á abogado ó á navegante, á ingeniero ó agricultor. Su disposicion moral le dirá si puede ó no destinarle al comercio, en que el crédito depende de la honradéz, ó mejor á otros ramos en que no se necesite tan acrisolada; por fin, su disposicion intelectual le decidirá si debe dedicarle á carrera de estudios, ó á aquellas que se suele decir no los necesitan.

Con relacion á su casa y familia se ha de considerar el estado de fondos, el número de hijos, la edad de los padres, las relaciones políticas y de parentesco, y otras muchas que no se suelen tener presentes.

Generalmente se deja hoy en dia á la eleccion de los hijos; creen los padres haber cumplido abandonando tan interesante decision á su libre albedrío; á mi entender es un error que está á la moda por huir de violentarles, que es el extremo opuesto. Si hemos dicho que se necesitan tantos datos, tanta prudencia, tanto conocimiento del mundo para escoger carrera, ¿no será una temeridad dejarlo al albedrío de un desaconsejado mancebo? Esta es sin embargo la preocupacion actual de muchos padres, que por miedo de parecer preocupados, abandonan á sus hijos cuando mas necesitan de consejo.

Si lo permiten las demas consideraciones, parece deben dedicarlos á su carrera propia, mas bien que á otra en que ni tienen relaciones ni conocimientos. ¿Pero cómo se ha de tener presente todo esto, si las mas de las veces la vanidad es la única que decide esta eleccion? A pesar del aparente dominio y progreso de las ideas filosóficas, la vanidad tiene avasallado nuestro pais,

hasta en la religion y en la política ha llegado á ejercer su pernicioso influencia. Si á lo menos esta vanidad fuese razonable no tendríamos que deplorar fatales consecuencias, pero la vanidad de que hablamos es aquella que fundándose solo en las apariencias, huye del mérito real por el trabajo que es preciso para conseguirlo.

Esta retrae de lo bueno y de lo útil, y ha sido siempre por desgracia la mas apetecida; porque en todos tiempos ha habido mas hombres deseosos de parecer grandes, que de poner los medios para serlo en realidad. Muchos creen haberlo conseguido no ocupándose en trabajos materiales que vulgarmente se llaman despreciables, y huyendo la compañía de las gentes que de ellos se mantienen; y como la carrera de las armas y la de las letras proporciona desde luego esta ventaja, y el trato frecuente con las personas que ocupan los mas distinguidos puestos en la sociedad, de aqui el afan con que todos se arrojan á ellas sin considerar el resultado. Acostumbrados á este género de vida no saben volver á la antigua, y aunque se digan y aun se crean de ideas liberales, les desagrada y tal vez les avergüenza la presencia y compañía de sus antiguos amigos y parientes, cuyos trages, modales y costumbres se diferencian tanto de los que ellos han adquirido, y descubren su primitivo estado del que en vez de avergonzarse deberian estar ufanos.

Esta vanidad, que retrae á los jóvenes de las carreras mas útiles al pais es sumamente perjudicial, y hoy en dia en que el clero regular y aun el secular no ofrece, como antes, á la clase proletaria los medios de llegar á ser con facilidad y sin el mayor talento ni trabajo admitida entre las aristocracias del saber, armas y dinero con el honroso título de ministro del altar, será mucho mas difícil á los pobres salir de la humilde, pero apreciable clase en que les haya cabido la suerte de nacer, y todos se agolparán á la carrera de las letras, que no podrá como no puede ya en el dia, procurar colocacion al excesivo número de jóvenes que la siguen. Asi veremos tantos letrados como en Roma en tiempo de su decadencia; asi veremos tantos hombres sin carrera, y tantos que dependan de un cambio de ministerio.

¿Y por qué esta especialidad? ¿no reclama capitales y empresarios la agricultura? ¿no ofrece brillantes y lucrosas especulaciones la industria? ¿no promete seguros negocios el comercio?... Responderán que es falta de costumbre ó de confianza... Yo me atreveré á decir que es menosprecio de aquellas carreras que no van acom-

pañadas de fausto y ostentacion, falta de verdaderas ideas liberales y filosóficas.

Proclamando la igualdad y combatiendo las gerarquías nos desdenamos de ser agricultores y artesanos, y empleando las ganancias de la actividad y honesto trabajo en dar brillante, pero no productiva educacion á los hijos, destruyen estos la riqueza que sus padres procuraron. ¿No causa lástima ver á muchos labradores y artesanos privarse de sus comodidades y abandonar su propiedad por un corto arriendo para vivir en las ciudades, educar en ellas á sus hijos y destinarlos á carreras peligrosas y cansadas, abandonando aquella á que parecia haberles destinado la suerte? Causa dolor ver agolparse las gentes en las ciudades y en la corte, dejando desiertos los pueblos y yermos los campos que tanto necesitan de la presencia de sus dueños.

Y no solo á los padres conviene que los jóvenes acierten la eleccion de su carrera, la sociedad no está menos interesada, porque el que la equivocó, ó ha de vivir á espensas de los demas, ó ha de perder el tiempo en dedicarse á otra nueva; y asi como la suma de actividad de los individuos produce los adelantos de una nacion, asi la suma de pérdidas y desperdicios forma el atraso de la misma.

C. de Ripalda.

1250.

LEYENDA.

Conclusion (1).

Una agitacion extraordinaria observábase en la córte de Phares. Resonaban las trompetas sarracenas, y millares de caballos se aproximaban á las puertas de la ciudad: era la comitiva de Touran Scha. El jóven Sultan apareció rodeado de sus emires, y ricamente ataviado con su hermosa armadura siria. Delante de él marchaban como trofeos los capacetes y cotas de malla de los mas ilustres caballeros cristianos muertos en la batalla de Mansora. Distinguíase entre estas armaduras, una de oro cincelada y sembrada de flores

(1) Véase el último número de la série segunda.

de lis: era la del hermano del Rey, el valeroso conde de Artois. ¡Ah! aun se veía toda de árabes flechas cubierta.

El emir gobernador arengó al Sultan á su entrada en la ciudad, y á nombre del profeta prometióle «el imperio del mundo con todos los goces del paraíso durante un reinado de cien años:» á lo cual respondió Touran Scha que aceptaba, porque se reconocía digno. Luego presentáronse los magnates de la ciudad y besaron los pies de su soberano, entre el estruendo de atabales y clarines sarracenos, y en medio del regocijo y bendiciones de los fieles creyentes.

Montaba el Sultan un fogoso caballo del desierto, arrogante en sus movimientos, de largas y espesas crines blancas como la espuma del mar. Al ver las trincheras de la ciudad, el impetuoso corcél ceja se encabrita y relincha con terror, rehusando salvar el puente levadizo. El Sultan mira en torno suyo, y vé los semblantes de sus emires tranquilos y risueños. Al pronto se avergonzó de sus secretos presentimientos, aguijoneó su caballo y se lanzó en la ciudad.

Habia dispuesta á la orilla del Nilo una magnífica tienda forrada de ricas estofas de Persia, sembrado su techo de estrellas de oro, y las paredes guarnecidas de armas, trofeos y banderas sarracenas. Leíase sobre cada pórtico alguna inscripción del Corán, y todas alegóricas á la gloria y virtudes de Touran Scha. Había en medio una mesa de porfiro, y sobre ella una pirámide de flores, frutas y esquisitos manjares. Y cincuenta pebeteros de oro exhalaban una nube azul de preciosos perfumes de Damasco. El Sultan apeóse á la entrada de esta gran tienda, y fue á sentarse, segun la costumbre asiática, en el rico almohadon de terciopelo que le estaba destinado. Sus oficiales se retiraron á una ligera y bondadosa insinuacion, despues de haberse arrodillado siete veces ante su soberana diadema. Solo quedó con el jóven Sultan el emir Octai, gefe de los mamelucos, árabe ambicioso, pero hábil y astuto cortesano. Además era tambien un bizarro guerrero, que nadie le aventajaba en el manejo de su címitarra y en el arte de gobernar las tropas. Touran Scha lo habia empleado como su mas temible instrumento, y ahora trataba de deshacerse de él, no creyendo ya necesarios sus servicios. En pie, ante su señor, el árabe le habló en estos términos:

—El Rey de los Francos y su comitiva se han embarcado en el Nilo, y no tardarán en abordar la ribera de Phares: he manifestado tu voluntad soberana de recibir en esta tienda al monarca cautivo.

—¿Le has devuelto su espada? preguntó el Sultan.

—Sí, contestó Octai. Es un noble cristiano, y puedes tranquil-

lizarte que no la empleará contra ti, sino en lo recio de la pelea ó cuerpo á cuerpo en campo cerrado.

—¿Y quiénes son los caballeros que le acompañan?

—Sus dos hermanos: el duque de Anjou y el conde de Poitiers, y los caballeros Gui de Monfort, Godofredo de Sargines, y Joinville.

—Esta bien: yo guardaré en rehenes uno de los hermanos del rey, hasta que Damieta se me rinda. Dime, Octai, ¿crees tú que pueda haber algun traidor entre los emires que se sientan á mi mesa, y que yo admito en mis festines? En el último banquete que yo di en Mansora, aletargado en medio la embriaguez general, vi en sueños que un sable desnudo amenazaba mi cabeza sin cesar. Yo quería huir; pero el acero guiado por una mano invisible no se apartaba de mis ojos. Al despertar, observé que mi puñal faltaba de mi cinto. Pregunté y nadie pudo devolvérmelo. ¿Qué significa todo esto?

—Señor, en cuanto la ciencia pueda ilustrar nuestro entendimiento, yo creo que el sable que resplandecía ante tus ojos era presagio de tu poder inmenso. Y que el puñal que desapareció de vuestro lado era un signo de paz para el porvenir, un símbolo de ventura y seguridad. Tú has vencido á los cristianos; tu nombre es adorado desde el Egipto á la Siria. ¿A qué pues necesitais un puñal, gran Príncipe? goza de las delicias de la vida, que lo demas es bien poco. Un rey de Nínive era, segun me contaron, el que decia estas sábias palabras.

—Sardanopalo, uno de mis mayores, pues yo desciendo de raza asiria. Bagdad es mi ciudad natal, y puede que sea un dia la silla de mi imperio. Bagdad, la ciudad de las palmas y de las plantas aromáticas; de las ricas estofas y de las bellas armaduras; el emporio de las riquezas del oriente, de las perlas, del oro, del marfil, y sus fuertes muros me pondrán al abrigo de los gritos sediciosos de mi vieja milicia siempre turbulenta, y de la fogosa ambicion de mis emires. Yo hago de tí una escepcion Octai, porque conozco tu fidelidad. El emir se arrodilló y de esta suerte pudo sonreirse sin que lo apercibiese el Sultan. En esto anunciaron la llegada del buque que conducia al rey de Francia. El Sultan mandó que una parte de su guardia sirviese de escolta al ilustre cautivo, y que se le introdujese en la tienda real. Pronto resonaron las voces de alegria y de afecto con que los franceses han saludado siempre á sus monarcas; y á pocos momentos apareció un hombre que en su cabeza llevaba un birrete azul tegido de

oro, una túnica cerrada al cuello con un broche, y ceñida la cintura con el tahalí del que pendía una larga espada, llevaba espuelas y sus manos estaban libres: este era Luis IX; solo venía acompañado de Octai. Cuando Touran Scha le vió, se levantó y se dirigió á él, y ofreciéndole en señal de paz un rico pañuelo bordado de oro y pedrería. El Rey de Francia se sentó en un divan de seda de igual altura que el del Sultan: ambos á dos se miraron mutuamente, y permanecieron en silencio. Jamás se habían encontrado en el campo de batalla, porque Touran Scha era un príncipe voluptuoso é ignorante en el arte de la guerra.

—Príncipe, dijo el Rey, ¿aceptais vos las condiciones que os he hecho comunicar?

—Rey cristiano, tú eres valiente en la pelea, y altivo en la esclavitud: hé aquí que tú pareces el vencedor y yo el cautivo. Yo acepto los ocho mil besantes por tu rescate; pero quiero también mi ciudad de Damietta.

—La Reina Margarita y un crecido número de caballeros cristianos ocupan actualmente esta plaza, respondió Luis. He enviado ya un mensajero á la Reina de Francia para saber su beneplácito; si ella consiente en ceder la plaza y retirarse á Palestina..., Damietta os será entregada.

—Rey cristiano, exclamó Touran Scha, ¿á qué pues consultais la voluntad de una muger? Una muger no es mas que una joya de la diadema de los Sultanes.

Luis respondió:

—En el Occidente es la compañera del cristiano. La Reina Margarita es mi dama, y yo la debo consultar.

Cosa estraña, murmuró entre dientes el Sultan. Luego añadió:

—Yo cumpliré lo pactado. Tú y tus prisioneros de guerra sereis libres, yo lo juro; y si falto á mi juramento, que sea tan vil á los ojos de los fieles creyentes, como el que hace su peregrinacion á la Meca con la cabeza descubierta (1). Ahora á tu vez jura entregarme á Damietta y los ocho mil besantes de oro, y añade: Si yo falto á mi fé, que mi muerte sea como la de aquel que ha hollado la cruz de Cristo.

Luis se levantó, y rehusó pronunciar esta fórmula de juramento como á impía. Y añadió:

—Yo doy mi palabra de cristiano y de Rey. Y esto basta entre los monarcas mis hermanos.

(1) Juramento de los musulmanes.

Entonces se apoderó del Sultan una tremenda ira: sus ojos chispeaban como ascuas, rechinaban sus dientes, y sus manos temblaban agitadas de un movimiento nervioso.

El orgullo herido se asemeja al fuego encerrado que, ó sordamente devora, ó estalla y destruye. Pero á veces hay cimas elevadas, desde donde puede desafiarse el furor de las llamas: Luis se hallaba cobijado en las alas del Señor. Durante la esplosion de la cólera de su enemigo, oraba.

—Si no pronunciáis estas palabras, gritaba el Sultan, yo os haré sumir en un profundo abismo cargado de cadenas.

—Bien, estoy en vuestro poder, y no blasfemaré.

—Os entregaré á Octai, que ahí veis, y sus mamelucos os degollarán.

—Haced lo que gustéis: no blasfemaré.

En este momento Luis dirigió una mirada al emir que el Sultan le mostraba con su mano, y reconoció al que le habia hablado secretamente de noche. Y como Touran Scha amenazaba con la muerte á todos los caballeros cautivos, el Rey le dijo:

—Si vertéis la sangre de estos cristianos, príncipe, yo no responderé de un solo cabello de vuestra cabeza. Escuchad: el Dios á quien sirvo es el Dios á quien ultrajais: el solo Dios. Hoy me prueba á mí, y mañana os espera. Ignoro lo que se os está reservado; pero estoy cierto que él aborrece la violencia, la embriaguez, el homicidio y las abominaciones que cometeis. ¿Quién sabe si en el instante mismo que amenazais á mis súbditos, no hay alguno que afila un acero para traspasaros?

Palideció el Sultan, porque recordó su espantoso sueño; y como es propio de las almas pusilánimes pasar de la agitacion de la cólera á la agitacion del miedo, trocó el rencor de sus palabras en dulces y suaves espresiones de amistad.

—Rey, exclamó el Sultan, tu Dios es grande, pues tiene por servidores á tí y á tus ilustres compañeros. Decid que Touran Scha le venera y le honra,

—Sois ya libre, como tambien todos tus cristianos que gemian entre cadenas. Volved al Occidente, y llevaos cuantos víveres y vestidos hayais de menester en vuestra larga travesía. Rey, solamente espero consentirás, que uno de vuestros hermanos me sea entregado como prenda del entero cumplimiento de las condiciones del tratado.

—Así sea, respondió Luis.

—Que el cielo os colme de bienes, añadió el Sultan.

—Que Dios me tenga en su misericordia y os ilumine, repuso el Rey.

Y ambos se separaron. Octai y sus mamelucos escoltaron al Rey hasta que estuvo á bordo del buque genovés que habia ofrecido trasportarle á Chipre con los demas caballeros; y el Rey de Francia no pudo ocultar la dicha que experimentaba cuando se vió ya otra vez en medio de los suyos.

El navío genovés debia hacerse á la vela, y dejar las riberas del Nilo al salir el sol. Luis envió un mensajero secreto, dándole aviso de la traicion que se fraguaba; pero fue interceptado. Ocupáronse entonces en contar los cuatrocientos mil besantes de oro, mitad del precio del rescate que el Rey debia pagar antes de partir, y el conde de Poitiers era el designado para quedar en rehenes hasta la completa satisfaccion de la deuda, y la rendicion de Damietta. Todos se felicitaban mutuamente, ensalzaban al Rey, y daban gracias á Dios, por haber llegado al término de tantos peligros.

La noche tendia poco á poco sus sombras sobre las aguas; la orilla opuesta se perdia en la oscuridad, y apenas podian distinguirse las curvas y franjas que la blanca espuma recortaba en la arena.

Entonces multitud de luces brillaron como un grupo de estrellas; era el pabellon del Sultan que como por encanto se iluminaba simultáneamente. Aquella noche Touran Scha daba un banquete espléndido á sus emires y magnates de la ciudad. La orgía debia ser completa, porque de este modo queria el Sultan sofocar la vaga inquietud que le agitaba. Ya resonaban los instrumentos músicos mezclados con las voces y embriaguéz de los convidados; cuando el Rey y sus compañeros se entregaron á la oracion, suplicando al Señor que prestase su oido á las voces que se elevaban del navio, y olvidase aquella escena de locura y disipacion.

En la tienda del Sultan, los manjares y bebidas ya habian trastornado las cabezas; una loca alegría, un vértigo delirante agitaba á todos los convidados. Touran Scha, ébrio y vacilante, blasfemaba y reia á la vez; con la boca espumosa y el sable desnudo, dirigia en derredor espantosas miradas, buscando cabezas que cortar. Esgri-mia su alfange haciendo trizas los vasos, candelabros, é hiriendo alguna vez hasta sus cortesanos: se creia profeta, inspirado, y mandaba que ardiesen ante él los incensarios. Sin duda Dios apartó de este insensato su misericordia; porque en medio de la irrupcion volcánica de esta orgía, la fria traicion que largo tiempo esperaba su hora, estalló repentinamente como el rayo en medio de un incendio. Decia, viendo en su delirio el Sultan al emir Bon-

docdar: ven aquí, caballo viejo, yo teñiré tu pelo blanco con la púrpura de tu sangre; ven á mí.... Bondocdar aprovechó la oportunidad, y dirigiéndose á su dueño, le hirió con su acero de flanco.

—¡Socorro, Octai! gritó espantado.

Octai acudió con el hierro desnudo, meditando el golpe para segar su cabeza; pero el Sultan retrocedió, y el golpe lo recibió en la espalda. A vista de esto los emires se alentaron al asesinato y le persiguieron. Octai y sus mamelucos fueron los mas encarnizados, porque la Sultana habíales prometido grandes bienes. Como se vió cercado el Sultan por todas partes, se encerró en una torre: pronto se le vió aparecer entre sus almenas ofreciendo la corona al que la quisiese. Pero la sedicion rugia y demandaba su presa. ¡Fuego, fuego! gritaba la turba. En vano el emir de Bagdad, fiel á su señor, quiso defenderle en su último asilo.

El fuego envolvió la torre, y viendo el Sultan ya cerca de sí las llamas, se lanzó en el espacio á las aguas del rio. Al caer se prendió su ropage de un garfio de hierro, y quedó suspendido por algunos momentos, hasta que una nube de flechas le hizo caer y sumergirse en el Nilo. Octai y sus mamelucos le persiguieron en un esquife como á un cocodrilo, y el desventurado jóven nadaba con vigor para alcanzar una lancha que montaba Joinville, sin duda por orden del Rey para socorrerle, cuando la cimitarra del emir le hendió la cabeza.

Su cuerpo quedó en la arena, pasto de las aves de rapiña. La muchedumbre se dispersó, cesó el motin, y los emires reunidos en consejo, esperaron las órdenes de la Sultana que se hallaba en Mansora. Una calma espantosa sucedió á esta escena de alaridos, de llanto y de sangre.

Tal fue el fin de Almohadan Touran Scha, último Sultan de la raza de los Ayubitas, príncipe sin valor y sin fé, que no dejó otro recuerdo que el de su última orgía y desastrosa muerte.

Los autores árabes notan muy bien que pereció á la vez por el fuego, el agua y el hierro.

La Dominicale.

PARA UN ALBUM.

Mal trina el pobre gilguero
Do gorgean ruiseñores;
Mal la amapola entre flores
Puede su gracia lucir;
Y mal la cítara mia
Con las arpas celestiales,
De los Vates inmortales
Hoy se atreve á competir.

Pero el pobre gilguerillo
No le cede al ruiseñor,
En el puro ardiente amor
Que le compele á trinar;
Ni la silvestre amapola
Cede al clavel ni á la rosa,
En mostrarse cariñosa
Con el céfiro al pasar.

Ni es menor el entusiasmo
De la amistad pura y fina,
Que el de inspiracion divina
Del mas sublime cantor.

Por eso á sus dulces trovas
Unir me atrevo mi lira,
Que es la amistad quien me inspira,
Y soy al fin trovador.

La amistad, que aunque sois rosa
¿De qué sirve que las flores
Suspiren por vos de amores
Si solo amais un clavel?
Clavel por cierto dichoso
Que fue vuestro amor primero,
Y á pesar del tiempo fiero,
Tan solo pensais en él.

Vivid pues, ¡oh rosa! en paz,
No turben las otras flores

LICEO VALENCIANO.

91

Tan acendrados amores,
Que otro alguno mereció;
Y si de tantos encantos
Se prenda alguna insolente,
Amor la clave y la afrente
Con las espinas que os dió.

Que yo, silvestre amapola
Entre las lozanas flores,
En el campo gimo sola;
Gilguero entre ruiseñores,
Amistad canto, no amores.

R. M. Boulet.

¡NI GLORIA, NI AMOR!

Ilusiones, huid: no ya á mi mente
Deis mas ensueños de ventura y gloria;
Que es aun amarga su fatal memoria,
Y harto mi pecho sus engaños siente.

Mentira todo fue: mi crédula alma
Un camino abrir vió lleno de flores,
Sembrado de delicias y de amores,
Y allá en su extremo la gloriosa palma.

Y el corazon latió de brio lleno,
Y la noble ambicion mi vida era,
La gloria mi esperanza lisongera,
Y mi anhelo al amor rendir el seno.

Ni me arredró el espacio portentoso
Que á cruzar me obligaba mi porfía;
Que audáz el pecho sin cesar latía,
De la esperanza viendo un rayo hermoso.

Y aunque extinguir mi aliento al fin temiera,
Tambien esperé hallar alguna hermosa
Que su mano alargándome piadosa,
Fuerza y vigor al corazon volviera.

Y por ella otra vez alzando el vuelo,
Tal vez una corona al fin lograra,
Y, aunque pobre, mi bella la aceptara,
Dando asi colmo á mi ambicioso anhelo.

Todo entonces era hermoso
Para mi crédula alma,
Una beldad y una palma
Soñando en grata ilusion.
En todo encontraba hechizo
Mi espíritu de ardor lleno;
Todo era agradable, ameno...

Todo heria el corazon.
Bello era el sol asomando
Allá por su roja puerta,
Viendo al mundo que despierta
Y sonrío al ver su luz.
Y tambien el hondo trueno
Que en la tormenta retumba,

Postrando junto á la tumba
Al mortal ante la cruz.

Bello era en jardín florido
Respirar suaves olores,
Meciéndose entre las flores
Que da pródigo el abril.
Y oír el grato murmullo
Del arroyo cristalino,
Con el armónico trino
Que levantan aves mil.

Bello era en noche sombría
Ver la luna misteriosa
Aparecer silenciosa,
Tímida acechando al sol;
Y á sus pies el mundo todo
No hacer el rumor mas leve,
Ni dar un grito la plebe

Que inmoble está de pavor.

Bella la noche entre sombras,
Bello el sol con su luz pura,
La tumba con su angostura,
Y el mar con su inmensidad.
Bello de jóven amante
Los suspiros y terneza,
Y del justo la grandeza
Que piensa en la eternidad.

Bello admirar por do quiera
Encantos de mil hermosas;
Y en el desierto, arenosas
Ver una y otra region.
Todo entonces era hermoso
Para mi crédula alma,
Que una beldad y una palma
Soñaba en grata ilusion.

Mas al romper para alcanzarla el vuelo,
De niebla espesa circundado fui,
Y al sol fulgente y al azul del cielo
Su pompa luego oscurecer les vi.

Y vacilante, trémulo, perdido,
Sin saber hácia donde caminar,
En vez del puerto de do hui atrevido,
Bramó á mis pies amenazando el mar.

En vano entonces fue de alguna hermosa
El apoyo buscar restaurador:
Solo una carcajada oí espantosa,
Y un desierto encontré á mi derredor.

Ya no está ante mí la palma,
Ni la tierna beldad veo
Que engendraba mi deseo:
Ya no es tan crédula mi alma,
Ni en un sueño hallo recreo.

Ya se fue tanta ilusion
Y dejó mi mente fria,
Y sin fuego el corazon,
Y mi alma triste y sombría,
Y mi vida sin pasion.

¿Qué fue de tanta belleza
Y esperanzas tan hermosas?
Pasaron con ligereza
Halagándome engañosas
Por reír de mi tristeza.

¡Ah! sí, reid de mi error,
Mientras lloro yo la historia
Del mentido trovador,
Imbécil para la gloria,
Imbécil para el amor.

José Herrero y Ruiz.

CRÓNICA GENERAL.

Estamos en la época de los bailes y los conciertos: la venida del Carnaval por una parte y la crudeza del invierno por otra, parece que incitan á los moradores de las grandes capitales á buscar las grandes reuniones. La sociedad de buen tono de Madrid que se habia salido del Liceo de aquella corte con Rubini, se agita y se afana ya concurriendo á los bailes de máscaras del salon del Circo: las demas provincias de España, que en su afición á las diversiones no ceden á la capital de la monarquía, ocúpanse á su vez en engañar

al tiempo agradablemente. Pocas han sido sin embargo de la estacion en que nos encontramos, las novedades teatrales que se han presentado en este año. Los teatros de Madrid y de Valencia, han sido quizás los únicos donde se ha visto una que otra. Hase puesto en escena en la corte la segunda parte del *Zapatero y el Rey*, y su éxito ha sido tan lisongero como el de todas las producciones de su jóven autor. No ha sido menos agradable el que ha tenido entre nosotros el *Duque de Gol*, y con razon debe estar lleno de ufanía el jóven poeta que tan brillantemente se ha ensayado en la difícilísima carrera dramática.

A continuacion insertamos el prospecto del periódico filarmónico que se ha anunciado en Madrid, y cuyos primeros números nos han hecho formar una idea ventajosa de sus redactores y de su pensamiento. Faltábale un órgano à esa aficion à la música, tan general en nuestra patria, y ya le tiene.

EL ALBUM FILARMONICO.

EL CANCIONERO ESPAÑOL.

Siendo tan poco conocidas en mucha parte de los pueblos de España las obras de música de buen gusto moderno, y las peculiares canciones de nuestra nacion, creemos hacer un beneficio à los filarmónicos y filarmónicas españoles dando à luz los dos periódicos musicales que con los espresados títulos vamos à publicar. No acostumbrando generalmente en nuestras ciudades à enseñarse à los discípulos mas que piezas de música y de canto sacadas de óperas estrangeras, y canciones, aunque españolas, anticuadas y de mal gusto, deber era y hasta honor de los artistas españoles, el dar à conocer las modernas producciones en este género, y los sentidos y à veces inspirados cantos de los naturales de nuestro romántico país.

Con este obgeto, pues, y con el de surtir por un módico precio à los suscritores y aficionados, de bellos trozos de música de los mas acreditados autores modernos, vamos à publicar desde 1.º de febrero del corriente año dos periódicos musicales con los títulos de *El Album filarmónico*, y *El Cancionero español*.

El primero constará de dos entregas, que saldrán en los dias 1.º y 15 de cada mes. En la primera se dará una pequeña composicion para piano, y una cancion española con acompañamiento del mismo, cuya letra estará compuesta por los señores Zorrilla, Rubí, Campoamor, Bermudez de Castro, Pastor Diaz, Gil y Zárate, García Gutierrez, Navarrete, Bravo, Peral, Boligni, y otros: la música por el maestro Iradier. A cada primera entrega acompañará una lámina litografiada, representando la escena, ó asunto principal de la cancion. En la segunda entrega se dará un aria ó romanza italiana, y una pieza de piano, ya sea rondó, variaciones, vals, ó tanda de rigodones, compuesta por artistas de mérito españoles ó estrangeros.

El segundo periódico con el título de *El Cancionero español*, será espresamente dedicado à los guitarristas y aficionados à este instrumento tan peculiarmente nacional. Se publicará en los primeros dias del mes, y cada entrega constará de una cancion española con acompañamiento de guitarra, y un vals fácil para la misma, acompañando una litografía que represente el asunto de la cancion.

Cada entrega del *Cancionero* llevará una hermosa cubierta; y los suscritores al *Album* recibirán tambien cada tres meses una elegante portada con la que podrán formar colecciones ó cuadernos de todos los números que se fueren publicando en el trimestre. Ademas, à los suscritores de ambos periódicos que

lo fueren por tiempo de seis meses, se les dará gratis una coleccion de valeses; y á los de por todo un año, ademas de la misma coleccion de valeses, otra de arias ó romanzas italianas, con acompañamiento de piano para los suscritores al *Album*, y de guitarra para los del *Cancionero*.

Las canciones y demas piezas que se insertaren serán escogidas y de las que tuvieren mas aceptacion en los salones y teatros de esta capital. Los valeses que se publiquen en el *Cancionero*, unos serán hechos espresamente por el célebre guitarrista Aguado, y otros sacados de los principales motivos de las óperas.

Como los autores de estas publicaciones no crearian solo con ellas haber llenado cumplidamente su propósito, se publicará á plazos indeterminados y cuando lo creyere oportuno el principal redactor, y se remitirá gratis á los suscritores de ambos periódicos, un pequeño y elegante impreso, que bajo el título de *Revista musical* dará una noticia de todas las novedades que de este género hubiese en el reino y en el extranjero, y en el que se insertarán ademas artículos y juicios críticos sobre teatros, Liceos y demas sociedades filarmónicas; instrucciones y advertencias acerca de las mismas canciones, y demas piezas que se publicasen en el *Album* y el *Cancionero*; y finalmente anuncios de venta de las obras de música de los mejores autores nacionales y extranjeros, de que habrá un escogido y excelente surtido en la misma redaccion, para satisfacer á precios muy arreglados los pedidos que hicieren los suscritores de las provincias por conducto de nuestros corresponsales.

Los señores que gusten suscribirse, antes de hacerlo pueden ver en casa de nuestros corresponsales y encargados de suscripcion, algunas entregas de la obra, impresas con anterioridad, y en su vista formar concepto de lo que serán los dos periódicos que anunciamos.

Se suscribe en Madrid en la redaccion calle del Cármen, núm. 49, cuarto principal; en los almacenes de música de Lodre, Mintégui y Marqueri, carrera de San Gerónimo, y en el de Carrafa, calle del Príncipe.

En las provincias en las principales librerías, en las administraciones de correos, y en los almacenes de música.

CRÓNICA DEL LICEO.

A medida que ha ido adelantando el invierno han ido tomando calor las sesiones del Liceo, y ha presentado esta corporacion un aspecto variado y lisonjero á la vez, risueño y provechoso al mismo tiempo. No nos detendremos en dar una idea cabal de las reuniones habidas en este último mes, porque pocos serán los que ignoren que han sido brillantísimas, y que ninguna de las señoritas socias de mérito, ninguno de los caballeros socios de la seccion filarmónica han dejado de contribuir muy poderosamente á su esplendor. Tampoco nos detendremos en hacer un minucioso exámen de los demas trabajos del Liceo, porque tambien son pocos los que ignoran que las secciones de ciencias y literatura, dirigidas ambas por sus dignísimos presidentes, han comenzado á tener vida y movimiento, y que muy pronto tendrá una sesion de competencia la primera, y una discusion pública la segunda. Unese á esto para hacer mas recomendables á estas secciones el resultado que van dando las cátedras tanto privadas como públicas que se han abierto en este año, y á cuyas lecciones asiste siempre numerosísima concurrencia.

Hecha esta rápida reseña, pasamos ahora á dar cuenta de la sesion pública celebrada en la noche del 27 del pasado Enero, que ha sido uno de los triunfos mas lisonjeros obtenidos por el Liceo.

Puesta en escena, despues de una brillante sinfonía, la linda comedia en dos actos, original de D. Francisco Martinez de la Rosa, cuyo título es *Los celos infundados*; vímosla representar con una inteligencia particular, y que hace honor á las señoritas socias y caballeros que se encargaron de su desempeño. Fiado el papel de Doña Francisca á Doña Juana Vivas, fue dibujado con aquella naturalidad tan característica en la señorita á que nos referimos, y que es una muestra nada equívoca de su esquisito talento y de su gusto. Pocas son en verdad las personas que entendiendo el arte de declamar conforme debe de ser, alcancen luego el privilegiado tacto que se necesita para ponerlo en práctica. Cuéntase sin embargo entre este corto número la señorita Vivas, y nos atrevemos á decir, que no habrá ni siquiera una que la aventaje. ¿Quién no conoce que es inimitable en los diálogos cortados, y que es imposible ir mas allá en las escenas animadas, en los interrogantes y en sus contestaciones? ¿quién al verla tomar una silla y sentarse, y al mirarla el ademan no olvida por un momento que tiene un teatro á su vista, y cree no ver otra cosa que á una señorita de buen tono, á quien verdaderamente le está aconteciendo lo que el poeta ha presentado en espectáculo? Nosotros lo hemos dicho y lo repetimos; la manera de declamar de la señorita Vivas, le revela al menos inteligente un talento de concepcion y unas facultades de egecucion difficilísimas de reunir en una persona. No fueron cortas las esperanzas que nos hizo concebir la señorita Lopez y Puchalt, en su insignificante papel de la criada de Doña Francisca; ni dejó de corresponder el desempeño de la comedia por parte de los caballeros á la ventajosa idea que de ellos tiene el público formada. El Sr. Ronda, que entre otras de las dotes que reúne, cuenta como su principal á la naturalidad, nos hizo creer recitando los versos de D. Anselmo, que sabe lo que son celos. Cualquiera que no hubiera sido el caballero socio de quien hablamos, le hubiera dado un colorido ridículo al papel que representaba y que de cierto no le corresponde. Un hombre celoso jamás es un personage grotesco: es un demente que hace reir ó estremecer con sus delirios; pero cuyos sentimientos son profundos, y cuyos ademanes son siempre apasionados. El Sr. Ronda, y lo repetimos con placer, hizo el papel de D. Anselmo como si verdaderamente hubiera estado oyendo los gritos del sordo amartelado junto á su esposa Doña Francisca. Felices estuvieron sin duda alguna los Sres. Segura y Orga: ambos á dos le dieron á la escena la imaginacion y la vida que le correspondia, y ambos á dos acreditaron que su afición al arte de declamar no es una afición dislocada, sino que tiene sólido fundamento en las disposiciones naturales que manifiestan. De propósito hemos dejado para nuestras últimas palabras sobre la comedia, los elogios á que se hizo acreedor el Sr. Orozco. El criado ladino y chismoso de Anselmo, es una caricatura de difficilísima copia sobre las tablas: la sola manifestacion de conocer perfectamente su carácter, es un triunfo para un actor. ¿Y quién nos negará que el Sr. Orozco manifestó conocerle? Verdad es que lo exageró un poco, pero semejante exageracion es un resultado infalible de la naturaleza humana. El viejo que quiere hacerse jóven, cae al momento en una mala imitacion de los melindres de los niños, vulgarmente llamada *chochez*, y el jóven que quiere hacerse viejo, suele convertirse en un cadáver.

A seguida de la comedia cantó el Sr. Ureta un aria coreada de la célebre ópera *Roberto el diablo*. Comenzando por la aparicion de este caballero en las tablas diremos que nos pareció un atleta; mas aun, nos pareció uno de aquellos ángeles malos que presiden en las tinieblas; pero que sin embargo de pertenecer al infierno ostentan cierta magestad que cautiva á la par que horroriza. Respecto á la música y al canto, baste decir que nos creímos ver realizar aquellos terribles versos del Dante.

Per me si va nella città dolente
Per me si va nell' eternal dolore

Per me si va tra la perduta gente

Lasciat, ogni speranza voi che intrate.

Al canto del Sr. Ureta le sucedió el irresistible duo de *I la Asedio de Calais*, por las señoritas Aceña y Garcés de Marcilla. La egecucion de esta hermosísima pieza fue brillante. La señorita Aceña, cuya enérgica voz domina á quien la escucha, supo hacerla resonar en nuestro corazon y estremecerle ó calmarle á su placer. ¿Quereis saber hasta qué punto se pueden espresar las pasiones cantando? Escuchad á la señorita de quien hablamos, y vereis como tomando cuerpo su voz llega á vosotros, y se introduce hasta en vuestras venas, y circula por ellas y os domina como si fuera un talisman? Verdad es que hay muy pocos que logren reunir, como la señorita Aceña, grande sensibilidad, grandes facultades y grande inteligencia. La señorita Garcés de Marcilla, en la parte que le cupo en este duo, estuvo como siempre: el público la recibió con aplausos estrepitosos, su nombre suena ya unido al de las primeras cantantes de España, y nosotros no nos atrevemos á hablar de su canto, porque su canto es sagrado y tememos profanarle.

Las señoritas Doña Antonia Marques y Doña Luisa Dupuy, egecutaron á su debido tiempo unas variaciones á dos pianos, acreditada composicion de los hermanos *Herst*, y ambas á dos tuvieron pendiente de sus dedos por largo rato á la numerosa concurrencia que las escuchaba. La diferencia que existe entre el tocar y el cantar, es la que existe entre uno que egecuta una obra con instrumento propio y otro que la egecuta con instrumento ageno. ¿Se nos podrá negar que hay á veces mas dificultades que vencer en lo segundo que en lo primero? Como quiera que sea, las señoritas á quienes nos referimos merecieron bien del Liceo, y deben no escasearnos en lo sucesivo tan bellísimos instantes.

Sin embargo de haber dicho antes que temiamos profanar el canto de la señorita Garcés de Marcilla, nos vemos obligados á hablar del aria de la *Parisina*, que siguió á las variaciones de que hemos hecho mérito; pero ¿cómo verificarlo? Nosotros solo sabemos decir, que no obstante nuestra escasa comprension, no podemos menos de esclamar cuando oímos á esta señorita: «*No se conforma el canto en realidad de verdad con la naturaleza humana, porque el don de causarnos tan sublimes sensaciones no es un don de este mundo ni de humanas criaturas, es del cielo y de los ángeles!*»

Cantada esta aria terminó la funcion con un duo egecutado por los señores Ureta y Blasco, de cuyo duo no hablaremos, porque ya lo hicimos en otro de los números del Liceo.

Tal fue la última funcion extraordinaria presentada al público por esta sociedad: ¿por qué no tomaron parte en ella las señoritas Doña Benita Marques, y Doña Concepción Vergadá y los Sres. socios Puchast, Soriano, Sales y Ariza?



1. CUERRERO GERMANO CUBIERTO DE UNA PIEL DE BUEY. (en el año 405)
2. CUERRERO GERMANO A CABALLO. (en el año de 408)